OL. I · LA NOVELA MODERNA · NUM. 2

ES EL AMOR QUE PASA....



ITORIAL ANDRES BOTAS E HIJO

$0.50

EDICIONES ANDRES BOTAS E HIJO

1a. BOLIVAR 9. APARTADO 914. MEXICO, D. F.

Heriberto Frias.
- MISERIAS DE MEXICO. Novela. ... $ 1.00
- EL TRIUNFO DE SANCHO PANZA. Novela. ... „ 1.00
- EL ULTIMO DUELO. ... „ 1.50
- LOS PIRATAS DEL BOULEVARD. ... „ 1.00

Yogi-Ramacharaka.
- LA CIENCIA INDU-YOGI DE LA RESPIRACION. ... „ 3.00

Eugenio Nus.
- COSAS DEL OTRO MUNDO. Nueva edición. ... „ 2.00

Alfonso Teja Zabre.
- POEMAS Y FANTASIAS. ... „ 2.00
- VIDA DE MORELOS, 3a. edición. ... „ 2.00
- ALAS ABIERTAS, La Novela de la Aviación. ... „ 2.00

Martin Gómez Palacios.
- LA LOCA IMAGINACION. Novela. ... „ 1.50

Carlos Noriega Hope.
- EL MUNDO DE LAS SOMBRAS. El Cine por dentro y por fuera. ... „ 1.00

Armando de Maria y Campos.
- FRIVOLERIAS. ... „ 1.25
- LOS LIDIADORES. ... „ 1.00
- VISIONES URBANAS. Versos. ... „ 1.50

Dolores Bello.
- UNA HOJA DEL PASADO. Novela. ... „ 3.00

Manuel G. Revilla.
- EN PRO DEL CASTICISMO. ... „ 3.50
- EL NOVELISTA BLASCO IBAÑEZ. ... „ 1.00

Guillermo Jiménez.
- DEL PASADO. Cuentos ... „ 2.00
- AMADO NERVO Y LA CRITICA LITERARIA. Selección. ... „ 2.50
- LA DE LOS OJOS OBLICUOS. ... „ 1.00
- LA CANCION DE LA LLUVIA. ... „ 1.00

Victor Hugo.
- CARTAS A LA NOVIA. Bug-Jargel. Canciones de las calles y de los bosques. „ 1.00

Paul Féval, hijo.
- EL HIJO DE LAGARDERE. Novela ... „ 1.50

Emilio Zola.
- EL ENSUEÑO. Novela ... „ 1.00

Alejandro Quijano.
- EN LA TRIBUNA ... „ 2.00

Pedro Serrano.
- HISPANISTAS MEXICANOS. ... „ 1.50
- POLITICA ESPAÑOLA. España en 1920. ... „ 2.00

Roque Estrada.
- MOMENTO PSICOLOGICO. ... „ 1.00
- NUESTROS PROBLEMAS. ... „ 0.25

J. D. Ramirez Garrido.
- JESUS ANTE LA MORAL Y EL SOCIALISMO. ... „ 0.50
- DESDE LA TRIBUNA ROJA. ... „ 0.50
- EL PORVENIR DE LA AMERICA LATINA. ... „ 1.00

Santos Rodriguez y E. Zanabria.
- CULTIVO DE HORTALIZAS. ... „ 2.00

Salvador Quevedo y Zubieta.
- HUERTA. ... „ 1.00

Gonzalo de la Parra.
- DE COMO SE HIZO REVOLUCIONARIO UN HOMBRE DE BUENA FE. ... „ 1.00

Guillermo Mellado.
- CRIMENES DEL HUERTISMO. ... „ 1.00
- TRES ETAPAS POLITICAS DE DON VENUSTIANO CARRANZA. ... „ 2.00

Roberto Villaseñor.
- EL SEPARATISMO EN YUCATAN. Novela histórica-política mexicana. ... „ 2.00

Carlos De Fornaro.
- MEXICO TAL CUAL ES. ... „ 1.00

Rafael Pérez Taylor.
- UN GESTO. ... „ 0.50

Pacifico Redondo.
- POR ESPAÑA. ... „ 0.50

ES EL AMOR QUE PASA...

LA NOVELA MODERNA

VOL. I	PUBLICACION MENSUAL	Nº 2

RICARDO COLT

ES EL AMOR QUE PASA...

LA NOVELA DE LOS PERROS



MEXICO
ANDRES BOTAS E HIJO
EDITORES

Bolívar Núm. 9

DEDICATORIA

A Manuel Romero Ibánez, cariñosamente, y como recuerdo de pintorescas épocas pasadas.

EL AUTOR.

I

El piso de la vieja casa donde vivo está ya un poco más bajo que el nivel de la calle. Algunas veces me siento en el umbral de una ventana de mi despacho. Esta ventana sirve de puerta. La triste vida de los pueblos es más triste aún en las horas densas de calor: nadie pasa, ningún ruido cruza por el aire y parece una ciudad abandonada. Ayer trataba de leer distraído, por tragos, o por la fuerza de inercia que el papel impreso nos da, un artículo tonto de un periódico que ataca a otro como si al público interesaran mucho esos chismorreos, cuando a mi espalda oí un ruidillo original; algo así como de muchos palitos que golpearan con fuerza en las baldosas de toba verde. El ruido se aproximaba y volví la cara: era una chusma de perros anónimos, trotando asoleados e infatigables tras la más ridícula y zarrapastrosa perra que ha llevado pulgas a cuestas. Un «gallito canino» de día, sin música, pero con canto gregoriano a veces. Ella, la dama y reina en aquel momento algo de valor llevaba y muy dueña de ello era, porque todos la seguían sin vacilación alguna, sacando fuerzas de flaquezas famélicas, y con un celo que amenazaba convertirse en conflicto armado. Al aproximarse el grupo, aumenta al ruido de las uñas en las piedras el acompasado anhelar de las lenguas sudorosas y largas por los abiertos hocicos de blancos y desiguales dientes. Ella se detiene un segundo, me ve con ojillos colorados que escurren rompope, algo tristes y un tanto desdeñosos, y sigue su marcha triunfal, arras-

trando junto a su cola *alacranada* «el grupo vil de los vencidos bárbaros».

Mis cuatro perros, enormes, no oyen ni ven el «gallito» que pasa, pero entre los humos de su sueño ligero y visionario, lo huelen, y salen disparados, amenazantes, e hirsutos los pelos de lomos y cogotes, gruñendo sordamente. Luego se dan cuenta del caso: la Kate ladra dos o tres veces indignadísima, y se regresa paso a paso con aires de dama desdeñosa y altiva que ve una porquería, pero los tres machos, Boy, Togo y el Chamuco, auscultan huroneando en junta médica, dan el Vº Bº, y porque sí, por la ley del muslo, quedan dueños de la situación. Retíranse los otros un poco, «prudenciando», y en las paredes, en los marcos de las puertas, en los troncos de los árboles anémicos, alzan cada uno la pata derecha más alta que las mitrescas orejas, regando intermitentemente para disimular el miedo, o para decir un redondo insulto; hecho lo cual quedan muy horondos y tranquilos, pero allá más léjos, en tiradores, y atentos a los perros grandes. Tal vez se ríen de ellos socarronamente pensando en lo inútil que les será su triunfo, pues en biplano tan chico ninguno de ellos podrá elevarse ni un pie del suelo. Mis perros sin embargo, se muestran satisfechos del éxito; pero como hay ambiciones vehementes que cuando se alcanzan son su misma posesión semillero de rencillas, los tres hermanos que viven bajo el mismo techo, comen la misma carne, duermen sobre las mismas pieles y siguen al mismo dueño, la emprenden luego a dentellada limpia, en feroz combate que amotina la calle solitaria.

Ella, la de ojitos rojos, los ve admirada, temerosa y satisfecha (hembra al fin), y sigue su camino, especie de maldición como a Asheverus, anda, anda! Los otros canes, los pequeños, y flacos, y tísicos, y sucios, y tiñosos dan una prudente vuelta hasta la acera de enfrente, lejos de los perrotes que se desloman, y ocupan sus primitivos lugares, siguiendo su destino, arrastrados por un impulso ciego, como los hombres van tras impulsos que parece no son ciegos porque la razón, débil luz, les dirige. Unos trotan como marranos, picado y corto; otros son de «pasito de

cura»; aquéllos de trote largo de caballo de tiro; éstos reman, como camellos, de lado, y no pocos van en tres patas por cojera legítima o típica manía. Los rabos en alto, de lejos, indican que los movimientos son diversos, pero llevan al mismo fin, andar, como los hombres tras una finalidad, idea o ilusión vamos por diversos estilos, escuelas o métodos. Ninguno de esos donjuanes es grande ni gordo. Todos tienen los pelos ralos y tiesos por el hambre crónica y la incuria del tiempo que es un «sport» obligado y continuo. Transparentes como una esperanza parece que la lucha por el hueso (véase Darwin) los catodiza (véase esposos Curier) para enseñar las armazones íntegras. Pero por todo ésto tienen precisamente tan gran resistencia para la lucha; ahí los caracteres reales (Smiles) y ahí la materia prima para un gran ejército...... (Bulnes).

En mitad de la calle, entre la arena caliente, detiénese la prosesión y los devotos hacen remolino, empezando luego un murmullo como si afinaran los gaznates, y de pronto, tres, cuatro, seis, forman maraña en pleito salvaje, todos contra todos, fieramente, unos arriba y otros abajo, con escándalo enorme que aturde. Y mientras la mitad pelea y la otra mitad observa tranquilamente, uno de ellos, pequeñito y canijo, medio tuerto pues tiene un ojo de ópalo por una nube, con las mitrescas orejitas para la nuca y una pata en alto, sube audaz a la tribuna, agarrado con las dos manos, entrecerrando los ojos que poco le sirven y hablando con tal ímpetu, pura farfulla, que semejante a «M. de Perieu pronunciaba hasta 220 palabras por minuto.» Sin embargo nadie lo tomaba en serio, nadie «le hace caso» porque ruin y tonto anda muy lejos del tema discutido, de la Orden del Día......perdiendo tiempo y ocasión.

Un muchachón fornido que sale de una casa con enorme canasto lleno de pan sobre la cabeza, quédase viéndose el grupo, y de improviso chócale el continuo gesticular del orador. Baja el canasto, empuña un trozo de ladrillo, lo arroja con tal fuerza que cruza el aire roncando y con puntería tal que al de la tribuna casi le deshace una quijada y le revienta el ojo de ostión. Rueda

el verbo-motor dando alaridos lastimeros; corre la Tribuna despavorida y tras ella la chusma mugrosa calle arriba. El panadero quédase riendo brutalmente en la orilla de la banqueta, y cuando pierde de vista a la tribu allá lejos, escupe por el colmillo con fuerte presión de la lengua, alza su canasto y se va silbando destempladamente un vals, por la calle desierta, abrumada de sol.

En una plazuela de raquítico jardín, en sucio charco del agua que derrama pila circular, entre dos redondos hoyos de las pisadas de caballos y burros, bebe la perra con lengüeteos pausados, apagando la sed del susto y del calor. Ellos en cambio ni la sed sienten, y mientras otros dos o tres preparan otro pleito, uno de tantos, lanudo y lleno de «carlangas» obscuras y con bigotes kayserianos, súbese a la Tribuna y habla con pausas y resbalones, en tanteos prudentes, desorientando: un gráfico puro que mira lo que habla......y no ve nada. Una mujer gorda, azulosa, trompuda y picada de viruelas, que llena un cántaro sentado en el hueco cóncavo y pulido que algunos miles de cántaros han hecho, ve distraída a los perros, y como el panadero se enfurece de pronto:

—¡Mechudo conejo!—exclama. Y con certero jicarazo baña al orador tartamudo y a la Tribuna. Otra carrera, sacudiéndose del ocico a la cola; y tres cuadras adelante nueva sesión tumultuosa con fulminantes interpelaciones.

Ya sea por el calor y la hora, ya por lo exaltado de los ánimos, llega a su período de crisis el tema discutido. Tres a la vez toman la palabra subidos en la paciente Tribuna por todos lados, colgando casi de las uñas y enseñándose mutuamente hasta las muelas del juicio......perdido en aquel momento histórico. El parlamentarismo en plena bonanza.

Entretanto forman rueda seis o diez gruñendo, arqueando los espinazos y las patas rígidas, allá lejos, fuera de la zona peligrosa de mordiscos y empujones, dos pequeños y «trasquilados» canes de los más ruines, «tilicos» y vivarachos, sentados en los cuartos traseros mueven las colitas rápidamente, limpiando de

polvo un sector del suelo, y sin perder detalle, muy atentos, con las verticales orejitas ríen a su esperanza cristalizada en una «composición de lugar» que por sugestión y deseo se forjan claramente. Hace seís horas que trotan y corren, de mites, bien «revolcados» con muchos estrujones, golpes y hasta agujeros en el pellejo. El momento feliz y deseado de intentar subir a la Tribuna y decir algo, cualquier cosa, está a cada hora más remoto, pero la fe que «es una esperanza ferviente» allí los tiene y por ahí los llevará sin desmayos ni fatigas.

El moreno y seco señor don Pedro de los Tacones, de chistera y levitón (tubo de chiminea que anda) muy serio y muy digno cruza por la acera abstraído en altísimos problemas sociales (la dragonea de escritor político); piensa luego en lo inmoral que es el gobierno permitiendo aquello, uf, como si estuviésemos en Constantinopla, uf; y al perritín más flaco y sarnoso, a uno de los dos chiquitines que ven y esperan, le da a traición, por la nuca, un formidable golpe con la punta de cobre del negro palo que empuña eternamente. Chilla el desventurado, corre aturdido y ciego por entre los otros, y todos, todos, le caen encima para rematarlo. No muere, pero agoniza pensando en que llegó su fin... ¡sin tomar la palabra una vez siquiera! Ingrato amor y negro desatino... (de perro al fin) para cantarse en llorones endecasílabos si acaso pudieran esos infelices hacerlo. Y con cuánta más justicia que muchos hombres, llorones de oficio y vacíos de origen.

Al ruido, asoma la rapada cabeza por alta ventana de viejo caserón un muchacho cejijunto y pecoso; bríllanle los ojos pequeños, sonríe y cierra la ventana inmediatamente. Grita en el patio como condenado; acuden tres; hablan en voz baja moviendo jetas, ojos y brazos. Dos corren á asomarse por los empañados vidrios, y antes de un minuto salen por parejas socarronamente, por el zaguán de la casa, arriba, y por la tienda de la esquina, abajo. A una señal corren dos para la pared de enfrente llevando el cabo de una cuerda, y empiezan a gritar y silbar a los perros, tirándoles piedras. Estos que no habían visto la rá-

pida maniobra napoleónica que los envolvía completamente, se asustan y quisieran meterse por los canales de hoja de lata que hasta el suelo bajan por las paredes. Miedo pánico los ciega como si alguno de ellos gritara el espeluznante «Sálvese el que pueda». Con las colas como ganchos entre las piernas temblorosas, corren, retroceden, chillan, ladran y a veces amenazan con morder a los cuatro muchachos que, curados de espanto, y con bastantes piedras en los bolsillos, arrastran las dos cuerdas terribles por toda la calle, acercándose lentamente a los canes que se juntan apretándose en los vanos de las puertas. El gráfico mechudo se decide y sale por la mitad del arroyo a toda uña, más apenas había pisado la cuerda, ésta lo levanta dándole vueltas como esquila, tres metros lo menos, para caer de costillas en las viles piedras. Cuando se incorpora como loco y con diplopia por el porrazo brutal, para seguir huyendo, frente a él vuelan otros dos colegas a un tiempo; luego un chiquitín que por su poco peso va a chocar contra las rejas de una ventana. Y la cuerda adelante! El mechudo piensa: «¿por qué no caí más allá siquiera?» Oh, y los malditos muchachos se multiplican, arriba y abajo, y ya dan aquí una manta, ya regresan de un puntapié al que medio "privado" después de tres "mantas" está para escapar. A la dama y reina déjanla huir con un solo porrazo suave, no porque sea honorable persona, sino por atender a otros mayorcitos.

En aquel aciago instante, las cinco de la tarde, de una casa grande dos cuadras arriba, salen diez, veinte, ochenta muchachos en torrente encrespado y como si todos estuviesen de acuerdo con los verdugos de las cuerdas, atacan de frente a los fugitivos con libros, pizarras, bolsas de cuero, piedras y hasta palos que sacan inmediatamente quién sabe de dónde. Una algarabía inmensa de muchachos y perros llena las calles, y las carrerotas de cine, peñascasos, palos, gritos y lamentos semejan una batalla.... trágica y rídicula.

El señor licenciado Tintero que vive por ahí cerca y es un solterón ágrio que lee periódicos todo el día y habla solo paseándose como leona, tiene tres perros: Lima, Onofre y don Cabrera.

En mala horas ocúrreseles a estos tres bichos, atraídos por el estruendo de la refriega, echar su cuarto a espadas. Salen cautelosamente uno tras otro, pero cuando intentan retroceder asustados ante enemigo tan ágil y poderoso, es ya tarde. Lima es huesudo y colituerto, con los pelos tiesos y ralos como espinas de chayote, de amarillo sucio semjantes a barbas de viejo fumador; Onofre es cruzado de perro de aguas, algo fino, ojos pequeños y uñas muy largas que le suenan donde quiera anda, y don Cabrera es gordo, chaparro y largo, pero muy largo, de pelo sedoso obscuro y retinto, tiene perfil de oso de cirquero por el tic de fátuo y como son cortas sus piernas parece almohada con patas. No usa cola porque «nació candelero,» pero con la falta de rabo se le han pelado las sentaderas y de lejos parece que trae antiparras a retaguardia.

Con risotadas, pataleos, gritos y silbidos recibieron los muchachos a los tres intrusos, y ¡Santiago con ellos!, llovíéronles golpes y puntapiés para abrir boca. Varias vueltas por el aire diéronle a Lima sin salir de un lugar hasta dejarlo derrengado y en un «lamento.» Voltearon a *ñor* Onofre con tan mala suerte desde luego que de cabeza en el filo de una piedra perdió el conocimiento. Aprovecharon ellos el «estado comatoso» del angelito y con oxidadas tijeras amplias brechas quitáronle de lanas.

—¡Echale tinta!—gritó uno, haciéndolo.

—¡Sí, sí, sí!—berrearon cuatro vaciando los pomitos.

—Así, extendida, paque lo lleven a la bendición mañana sábado y se le salgan los chamucos.

—Que ha de tener por gruesas el muy hijo de......

—¡Arre.....cabezón!—dijo uno y le regaló un puntapié, pero Onofre parecía muerto. Recurso de alta política tal vez.

Una carcajada orfeónica inquietó a los pintores de Onofre. ¿Qué fué; qué fué? Oh, el eminente don Cabrera en una «manta» subió pesadamente dando vueltas y en el aire soltó por la tangente líquidos y sólidos sobre las caras y panzas de los mirones que huyeron despavoridos haciendo visajes de bascas y limpiándose precipitadamente las calcomanías.

—¡Este tío tiene jugo!—gritan varios y con más inquina le persiguen; pero don Cabrera cuélase en un tendajón «El Charro Nacional,» donde varios borrachines cantan sus amores ideales acompañados de guitarra. Sale a la puerta única don Melchor Coladuras y Cascajo, un viejonote panzón, rojo y morado, el barbudo rostro con ojos lagañosos y rojisos como si estuviesen ribeteados con tripas de pollo. De buena familia bástago desviado diéronle instrucción amplia y esmerada quedando de toda ella al cabo de los años y las copas la chusca manía de poeta improvisador. Mientras el alcohol que bebiera subiera de grados, él bajaba por grados, minutos y segundos en fortuna, dignidad, salud y vergüenza.

—¡Alto ahí, brillante juventud dorada, esperanza de la patria!—rugió Coladuras, imponente, los brazos como volantes.—El excelentísimo pillo de don Cabrera pide protección......aquí, en mi Embajada......

—¡De mezcal......!

—¡Y yo lo amparo y protejo......contra el atentado inicuo a su sagrada personalidad, honra y prez de todo un continente......

—¡Uy! ¡Ujule! Tal para cual!

—¡Tal para cual! Viejo soplado! Te cái si no lo echas!.......

Los muchachos se aprietan contra el borrachón y chillan, gritan, y silban hasta ensordecer. Dentro, junto al mostrador, el excelentísimo don Cabrera ¡tiene fríos!

—¿Qué ha hecho? ¿Es más malo que una cruda con agua?

—¡Es pior! ¡Es rabioso! ¡Es rabioso!

—Ah¡ Oh! Ugt! ¿Con que rabioso y mala alma? ¡Pues mueran los rabiosos!...... Allá va!...... Ah, pero esperen un momento y en silencio......

—¡Sileeeencio!—grita un pequeño Estenter. Y el silencio se hace.

Entró Coladuras y Cascajo tronándole los dedos al infeliz perro que con ojos espantados le veía, acariciando una ténue esperanza, moviendo el tronco de rabo sobre los ladrillos. Le dió pan, chorizos y un trozo de tasajo, sobándole el lomo y las orejas.

El animal tomó confianza. Luego con cuatro barrachones sus compadres le amarró un gran cohetón y un bote de lata vacío, que puso en el suelo suavemente. El tonto de don Cabrera creía que todos aquellos agasajos eran por amor incondicional a su persona, sin comprender que era una traidora treta para que no mordiese. Coladuras chupó a su curvo cigarro mojado de mezcal y prendió el cohetón. El excelentísimo al oir el ¡Chiis! de la pólvora y sentir la lumbre por las antiparras dió media vuelta y salió casi volando por enmedio de la turba ruidosa y vengadora.

Calle abajo, como río, rodó el enjambre de muchachos siguiendo al excelentísimo don Cabrera que en auto de 80 H.P. tronaba y echaba humo como el mejor Reo. El bardo Coladuras mientras tanto, inspiradísimo y con gesto neroniano, declamaba con su profundo vizarrón:

«Echando chispas del pulguiento lomo
«Sale el patrón Cabrera disparado
«Por andar de metiche atarantado
En semejantes bolas......»

....
....
....

Etc...... Etc...... Etc.....

II

Acumuladores notables de energía son los perros. Apenas se alimentan y sin embargo desarrollan un trabajo enorme. Bien es verdad que nada natuzalénico tienen los infelices, más para lo que es la vida, y peor la de ellos, mejor es así. Si hubiese soldados con la resistencia (o radio de acción, según los marinos), frugalipad (que no excluye la glotonería cuando hay oportunidad) valor, lealtad e instinto de orientación que tienen en grado sumo estos animales, se formarían ejércitos ideales e invencibles que harían encanecer de envidia al Kayser lírico y a Nogi y Kuroki, profesores.... en el arte inicuo de matar semejantes.

Antes de media hora la Tribuna tenía su corte completa o su congreso con gran quorum. Ella huyó despavorida, sin saber a dónde, pero como llevaba la bandera de su tropa todos los dispersos fueron tras ella al poco rato, con plena seguridad, y los que a morderla salieron viéndola huir, inmediatamente pasáronse a sus filas con armas y bagajes. La huida fué por lo tanto una brillante retirada en orden, unos tras otros, sin atropellarse.

Al llegar al Río, anhelantes y ahogándose, la dama se detuvo a beber, y la corte de asoleados, golpeados y contusos hizo lo mismo. Apagada la sed vió por todos lados; ¡oh dicha, un lugar tranquilo y fresco! El agua escasa y un poco azul parecía una ancha tira de gasa extendida, y las piedras, negras, azules y blancas semejaban un abundoso collar que de orla la sirviese. Larga hilera de álamos y nogales, como un escuadrón gigantesco formando valla, daba sombra a la mojada arena, y un poco abajo, el puente tendía de un lado a otro un guión alegre con movible sombra sobre la inquieta corriente. La Tribuna fué a echarse, despatonada, sobre el suave y húmedo arenal y la corte empezó inmediatamente sus ceremonias, en la fresca sombra,

con el inmenso y límpido azul arriba, que parecía estremecerse con la luz del sol poniente, intensa aún. Esa vibración solar corriente enorme de vida, era la que en semejantes trabajos y andanzas ponía a la chusma, como pone a todo lo que vive y palpita, ágamo o no, pues lo animado es sólo una oxidación del globo, transitorio y relativamente quieto.

Minutos después llegaron casi juntos el tuerto verbo-motor siempre en tres patas y el gráfico «carlangudo», pero tan aporreado y sucio que apenas lo hubiera conocido su dueña, una viejo «carnicera», La Borrega, famosa en el lugar por sus borracheras, insultos y puñaladas. Y llegaron también entre otros muchos, los dos chiquitines, eternos mites, sin voz ni voto, pero obstinadísimos soñadores. ¡Los vates quizá!

La Tribuna seguía espatarrada en la arena, la lengua de fuera aún, pero con poca fatiga ya: tal vez un tíc por intensa elaboración intelectual. Sus ojillos veían sin ver, hácia ahí, con gestecillo muy serio de Majestad abstraída en altos problemas y que ni se cuida de toda la relamida y barberil corte que a su lado medra, teme y espera.

Las ceremonias y genuflexiones con *Wie geht's Ihnen?* doblando las corvas, eran continuas. Unos la veían con ojos llorosos llenos de polvo y las enormes lenguas goteando a un lado; otros allí en sus narices mismas echaban solitarios y hacían ridículas contorsiones como poseídos de todos los diablos. Los de más allá tirados de ombligo a imagen y semejanza de la Tribuna la contemplaban con tal fijeza que de seguro la sugestionarían, y dos o tres, más sanguineos o más jóvenes, clavaban las frías narices en la arena, cerca de ella, resoplando, o bien con las manos le arañaban los flancos y los lomos, suplicantes y casi hablando ¡nghui! ¡nghui en falsete y tenuemente. (¿El origen del canto y de la música, señores Saisset, Bergman, y Rodier?)

La Tribuna, de vez en cuando, volvíase mohina al parecer, ladraba furiosa y los impertinentes cantores saltaban risueños, moviendo los rabos con halago, las orejas para el cogote, los ojillos brillantes, musitando un ¡nghui! ¡nghui! ¡nghui!......



....rodó el enjambre de muchachos siguiendo al excelentísimo don Cabrera.

De improviso uno de aquellos trovadores se arrojó sobre otro. En dos patas, rígidos y a brazo partido, se tiraban formidables tarascadas, cruzando los colmillos como floretes, hasta que uno, más fuerte o más hábil, tiró al otro de espinazo, y lo sacudió horriblemente, no sin recibir buenos mordiscos también.

Al ruido, se detuvieron sobre el puente dos hombres jóvenes y un muchacho. Eran cazadores que regresaban con los morrales vacíos. Hablaron sonriendo, depositaron dinero uno a otro, en apuesta, y uno de ellos apuntó. Apenas detonó el automático Winchester 22, pero una traidora balita sonó huecamente sobre el cráneo de un infeliz perro amarillo que, lanzando un alarido horrible, saltó como si fuera de hule y de lado en la húmeda arena sacudióse en rápida agonía. Corrieron todos y La Tribuna por delante siempre: dos o tres pequeñas balas, como si fueran envueltas en papel de china, pasaron sobre la turba fugitiva y otras dos tocaron en el agua, alzando estalagmitas al chascar.

Dos kilómetros arriba, chapoteando entre las corrientes de agua, entre fatigosa arena y duras piedras sueltas, al creerse seguros de peligro, fatigados se detuvieron. Pero en seguida sorprendióles un compacto grupo de gente que bajaba del pueblo, corriendo tumultuosamente. Por estrecho callejón de solares y huertas, hombres y muchachos perseguían al patrón don Cabrera, el del cohete y bote de lata. Una lluvia de piedras, como pájaros negros, rebotaba tras él, pero don Cabrera iba más rápido aún. Pasó desbocado, como una sombra, sin ver ni sentir el agua del río, el hocico tendido y clavando las uñas desesperadamente. Ya no llevaba bote ni cohete y apenas unos hilos sobre sus riñones se veían ondear; pero llevaba encima lo peor, una calumnia:

—¡Tiene rabia! ¡Un rabioso! ¡Ese perro tiene el mal!

Los perseguidores detuviéronse fatigados, perdiendo la esperanza de matarlo, pero de las casuchas inmediatas salía la gente con palos, machetes y piedras, y el grito repetido como eco, horrible maldición, lo perseguía:

—¡Tiene rabia! ¡Tiene el mal!

La Tribuna y comparsa sintieron un miedo enorme, que les ponía los pelos de punta, pero se agazaparon junto al espeso carrizal, río arriba del cruzamiento del camino, no sabiendo para dónde huír.

Un hermoso hombrote joven, vestido de charro, bajaba del opuesto lado, jinete en retinto caballo. Al oir los gritos y ver el perro sacó rápidamente su pistola Colt 44 y disparó sobre el fugitivo tres tiros, pero con tan mala puntería por las «salidas» del caballo que, atravesando dos balas el espeso carrizal, por poco matan a la Tribuna tontamente. Y a correr mucho más, sacando fuerzas increíbles de la locura hija del terror pánico. Media hora corretearon así, locos y desesperados, río arriba, alejándose del pueblo, para caer allá lejos, casi muertos, bajo la sombra de unos árboles, al pie de un bordo de tierra con estacado que hacía represa, abrigados por vertical barranco de tierra y a cien metros de un blanco y azul derrumbadero circular. En la húmeda y suave arena reposaron, algunos dormitando echados de panza como la Esfinge, y otros rascándose las molestas pulgas o bebiendo con pausados lengüeteos.

Mas apenas La Tribuna y otros entrecerraban los ojitos, con las lenguas de fuera aún, cuando arriba del derrumbadero oyeron un golpe seco, se volcó un cajón negruzco y rodaron piedras y lodos en cascada incierta. Iban a correr asustadísimos; pero examinando atentamente, adivinaron que ahí no había peligro. Era una mina.

Pero el dios malo que siempre y en todas partes persigue a estos desventurados animales para estorbarles o amargarles su dicha mayor, hizo que dos peones de la mina vieran desde el terreno la notable reunión perruna. Pusiéronse a hablar acaloradamente y corrieron hacia el fondo donde había varias casas y jacalones, cuyos techos de lámina y tejamanil se veían. A la orilla salieron luego muchos mineros, entre ellos dos coloradotes gringos con pantalones azules de peto. Mientras tanto, los canes, quietos, dormían tranquilamente, recuperando fuerzas gastadas con tanta prodigalidad.



—¡Enciérrenme incomunicados a estos tipos..........

Uno de los gringos habló con varios operarios que lo escuchaban atentamente y el otro se fué para el fondo a grandes pasos. La Tribuna vió el lejano grupo a través de la espesa nube de sueño «que descabezaba». Dejó caer el fino hocico entre las mojadas manos casi juntas y durmió como los demás.

Dos muchachos barreteros bajaron a gatas por el lado opuesto «del terrero», llevando en los «cotences» o «patios» bombillos de dinamita con estopines de rabo alambrado. Caminaron lentamente metiéndose en el agua de la represa hasta los muslos; pusieron seis bombillos en el fondo y diez entre el bordo estacado, tapándolos con piedras. Los extremos de los alambres de los estopines los encadenaron con otros dos alambres muy delgados que fueron dejando en el suelo hasta unirlos con otro que les arrojaron en rollo, suavemente, de arriba, donde quedaron conectados sobre una caja cuadrada y alta que tenía fuera una palanca con cremallera: la batería.

Otros cuatro mineros, mientras tanto, río abajo, extendieron de los troncos de los árboles de la margen derecha a los de la izquierda, gruesos alambres de cobre rojo, horizontales y distantes veinte centímetros uno de otro, como si fuese un cercado, quedando el más bajo en contacto con el agua que formaba corriente de la filtración y derrame de la presita. Ambos extremos de alambre los tendieron un buen tramo entre la corriente, sin juntarlos, y los subieron por opuestos lados hasta las casas de la mina.

La aglomeración de hombres silenciosos arriba del terrero había aumentado y los dos gringos, en primer término observaban atentamente. Una vez terminada la obra que encerraba a los perros por arriba y abajo con los paredones verticales a los lados, uno de los gringos se volvió hacia las casas del fondo y alzó los brazos haciendo una señal al electricista. Crujieron inmediatamente los troncos, ahumando como si se quemaran con invisible fuego y la fina arena del agua movible se agitó temblorosa. Entonces el otro gringo apoyó la mano en la palanca vertical de la batería hundiéndola en la caja y una espantosa detonación, más

fuerte que un rayo, hizo temblar el suelo, sacudió el aire tirando patas arriba a la chusma de perros y llenando aquel caos de humo, tierra, arena, agua, piedras y palos. El agua de la represa, al saltar el bordo por el aire, se alzó en seis columnas de más de treinta metros, formando por un instante cristalinos y bellísimos follajes de fantásticos pinos transparentes, para descender en pesado aguacero.

Horrible sorpresa y dolorosa huída para los perros sordos y casi ciegos. Enloquecidos daban vueltas entre el agua, y al correr y entrar en la otra corriente electrizada, retorcíanse con calambres delorosos, como si les desgarraran la carne y les rompieran los huesos. Y vencido este suplicio, otro peor, al tocar los alambres; pues los que no eran arrojados, quedaban ahí pegados en espantoso suplicio. El aire olía a pelos quemados y la gritería era inmensa en el silencio que siguió a la formidable detonación. Afortunadamente dos alambres resbalaron de los troncos quemados, y huyeron muchos de aquel infierno.

En el terrero, el compacto grupo de hombres lanzaba carcajadas a todo fuelle, gozando del original espectáculo. Las risotadas de unos y los ayes de dolor de las víctimas se confundieron en una sola nota tenue, lejana, que deshizo el viento «precursor de la noche que llegaba».

III

El señor licenciado Tintero con rollos de papeles bajo el brazo y en la mano el bastoncito con puño de plata, sombrero bolita ladeado y levitón cola de pato, acompañado de su íntimo don Pedro de los Tacones, muy serio y muy digno, de negro todo y con su garrote en la diestra, salían del juzgado hablando pestes «del idiota juez» y seguidos por infelices indios, sus clientes, que los veían con borregunos ojos, pisando suave, los sombreros en las manos.

Dos mujeres asoleadas llegaron corriendo con este chisme: que los hijos de don Pánfilo el recaudador, con los hijos de don Lencho el jabonero y con «tuitos» los niños de la escuela «tráiban a mal tráir» a sus tres chuchos; que con el «püeta» Coladuras ya les habían pegado «cuetes» y tarros» y los «correteaban diciendo que eran rabiosos......»

Y rabioso se puso inmediatamente el señor licenciado Tintero. Despidió a los indios, y con don Pedro de los Tacones que arrugó las cejas solemnemente como aquel que toma rápidamente una actitud en comprometido asunto, entró en la Sala del Municipio como remolino. Quiso el diablo que allí estuviese el presidente, hombre de mal carácter, enemigo del intrigante y hablador Tintero; y lo que es peor, que entraron cuando furioso estaba contra el Jefe Político porque le había arrebatado unas multas que se buscara bonitamente «en asunto puramente municipal».

—¡Señor Presidente!—gritó Tintero pensando sorprenderle. En este pueblo nadie tiene garantías!

—Oiga usted, amigo, y usted también don Pedro ¡aquí nadie grita ni bufa! Y favor de tirar esos puros y quitarse esos bonetes...... porque aquí......

—¡Es usted un déspota!

—¡Cállese usté, picapleitos!

—¡Es usted un déspota!

—Ahora lo verá, grandísimo......!

A los desentonados berridos entraron como gatos un oficial y dos gendarmes charolados.

—¡Enciérrenme incomunicados a estos tipos por faltas de respeto a la autoridad!

Tintero púsose lívido, luego rojo, escupió algodones y vió a todos lados. De los Tacones se espantó mucho, egoísta por perder sus rutinarias comodidades y cobarde al pensar en las consecuencias. Quiso escapar el bulto:

—Yo no he dicho náda—murmuró.

—¡No te rajes!—aulló Tintero.

Pero ya los gendarmes los rodeaban, «quedando bien» ahí, en el cogollo del poder.

—¡Andele, amigo, cuélele.

—Sí, iremos, iremos...... Vamos..... pero ya verá usted, déspota, cómo le va. Yo tengo influencias grandes porque valgo y....

—¡Andele, amigo, cuélele!

—Sí, valgo.....

—¡Aire!

—Ya verá. Pedirá amparo.

—Pues pida a doña Amparo su hermana y tráigamela......

—¡Uf! ¡Ag! ¡Eg!

—¡Cuele, amigo, cuele pronto, y cállese!

Y «colaron» los dos: uno furioso, hablando; el otro muy asustado en silencio. Pero al cruzar el patio camino de la cárcel, el Jefe Político salió de su oficina ¡por casualidad!

Inmediatamente los dos reos se explicaron ante la «primera autoridad» en torrencial chisme, apareciendo como víctimas de un «inaudito atentado a las garantías individuales», con copia de diálogos y hasta imitación de tonos y declamación. El Jefe les oía pensando que Tintero era muy amigo del señor «Secretario Particular»; que Amparito Alisarín, hermana de Tintero y

casada con el Tesorero General había «tenido que ver» con el señor Regente de la Corte; que don Pedro, escritor de la oposición podía «agarrar» a su Distrito y a él en el odiado periódico y que, además, Tacones tenía una hija normalista, muy guapa, poetisa y pianista, de la cual se decía que el señor General—¡chitón!—y, no, no, no. ¡Qué bruto don Florencio el Presidente! ¡Vaya un compromiso!

—Bueno, señores, bueno, ya estoy al tanto—díjoles cuando al fin terminaron—Vuelvan ustedes a sus casas. Violencias de ambas partes que a nada conducen. Yo arreglaré ésto con el Presidente. Teniente, retírese: quedan libres los señores.

Tintero se «creció» inmediatamente y de los Tacones respiró. El Jefe se vió en calzas prietas para aplacarlos ofreciendo hasta «amonestar enérgicamente al Presidente» y castigar «con todo el rigor de la ley» a los que hubiesen maltratado a los perros.

Inflados y provocadores pasaron los dos frente al Municipio. Don Florencio dió un salto al verlos y temblando de ira los alcanzó fuera y después de gritarles que a él, como hombre y de particular le harían ésto y lo otro, regresó derechito a la Jefatura. Y dijo al Jefe que iba a citar a sesión inmediatamente para renunciar y que se quejaría al señor Gobernador, porque de él nadie se burlaba así, etc. etc. Y el Jefe, como siempre, lo dejó hablar, pensando lo que haría. Estaban solos. Tranquilamente la «primera autoridad» sacó del bolsillo del chaleco una llavecita, abrió un cajón de su enorme escritorio, contó un montón de billetes de cinco pesos, y dándole el fajo a don Florencio que seguía erre que erre con su tema:

—Cálmese, amigo—le dijo.—¿Para qué buscarnos más enemigos? A los dos nos amuelan si chillan fuerte y hasta nos sacan en esos periodicuchos indecentes. Tenga esos trescientos pesillos, mitad de aquello de hoy en la mañana y endúlcese el pico. Las muinas con pan son menos.... Je, je, je....

Apaciguóse como por arte de encantamiento don Florencio, y sentándose para ratificar la paz así firmada, ambos echaron

«preliminares» sobre lo futuro. Antes de irse cada cual para su casa dieron una vuelta en el jardín, riéndose de la original manía perruna del señor licenciado.

—Pero usted cojea, señor Jefe.

—Oh sí! Una... tronchada...

En una banca estaba «la jefa». El Presidente se desnucó saludándola y ella apenas le contestó. Era una mujerona muy alta, muy gorda y muy morena. Le decían en el pueblo *La Pavonada* y ella odiaba a todos los de aquel «pueblacho igualado».

Se fué don Florencio y quedó la «primera autoridad» con su cara esposa que le veía la pata coja y sonreía. Se trataba de un íntimo detalle: la noche pasada, ella, dormida, le había tocado la planta del pie con la uña grande y sacudiéndose él en rápida contracción nerviosa, contra el latón «mestástico», ¡se había quebrado tres dedos! Ella, despertando al grito, rió mucho; y él, enfullinadísimo y modorro, díjole una grosería. Contestó airada y furiosa como mujer de pocas pulgas, acostumbrada a dominarlo; peleáronse muy en serio, faltando poco para llegar a tener uno o dos *rounds* de moquetes. Ella, por primera vez en veinte años de matrimonio, le tuvo miedo al pobre hombre, y aunque todo aquel día se había mostrado digna «haciéndole trompa», buscaba la manera de contentarlo. Y las paces fueron bien hechas pues el Jefe dió a su Pavonada los trescientos pesos de las multas «tan hábilmente buscadas» por don Florencio el Presidente, en «asunto puramente municipal».

IV

Apenas llegó Tintero a su «residencia» hizo otro «flemón», Su Onofre estaba horriblemente esquilado, lleno de manchas de tinta y con tantos golpes que de seguro se moría; Lima había desaparecido y don Cabrera, ¡oh! el consentido, el más bravo e inteligente, andaba corriendo quién sabe por dónde, quemado, con botes de lata en rastra que lo volvían loco y perseguido por la calumnia de que tenía rabia.

¡Rabia don Cabrera! ¡Qué barbaridad!

Tintero pateaba de ira.

—¡Vamos a salvarlo, Pedro!

—Vamos, Samuel; pero voy a cambiarme ropa.

—No; perdemos tiempo. Así. Al fin vamos en galápagos.

—Bueno.

—Oye, tú, muchacho. Ensilla mis dos caballos. ¡Pronto! ¿Eh?

Salieron ambos letrados a todo galope, furioso el licenciado, el otro haciendo que hacía y con sendas pistolas, es decir, cada cual con la suya. Corrieron de aquí para allá, con los caballos sudorosos y llenos de espuma, alborotando a la curiosa gente del pueblo con sus caras foscas. Alguien les dijo que por el Río galopaba la plebe tras un rabioso y para allá bajaron pasando por las calles como locos. Pero no encontraron nada. Todo estaba en silencio completo. Vacilaban, cuando dos muchachos subidos en la azotea de las caballerizas y establo de la Quinta Ceres, la cual para aquel lado tenía una «puerta de campo» informaron que al otro lado del río, entre los barbechos, un charro «balaciaba» al rabioso y que ya le había «pegao dos plomazos».

Corrieron allá y era verdad. El charro del pistolón 44 y del caballo retinto que disparara en el Río contra Cabrera poniendo en peligro la preciosa vida de La Tribuna, estaba en asecho de-

trás de un trozo de cerca, esperando que el perro saliera de un matorral. Era Pancho Delgado, famoso tirador, el cual, *picado* por los tiros errados, se había propuesto matar al rabioso para ejercitar su pulso y también porque sabía las horribles consecuencias de no exterminar a los animales atacados de tan fiero mal.

Tintero y el otro iban a hablarle sin conocerlo, cuando allá lejos salió a un claro don Cabrera. Apuntó Delgado con calma, teniendo el caballo perfectamente quieto y disparó. La bala alzó polvo bajo la panza del excelentísimo. Tintero gritó:

—No le tire, grandísimo hijo de...

—¿Eh? ¿Qué?... ¡Tiene rabia!

—Usted es el que la tiene y si vuelve a tirarle lo mato......

—Ahjá! Puf! ¿Usted a mí...... licenciado?

Y antes que Tintero levantara su pistola que amartillaba, Delgado le disparó un tiro en la cara. No le tocó, ni era ese su deseo, muy fácil, por cierto, sino evitar que el otro lo hiciera. La formidable explosión y el fogonazo echaron de espaldas al letrado que soltó su pistola y tiró el sombrero. Pancho inmediatamente «metió espuelas» a su caballo y de un «encontronazo» hizo rodar al abogado con su caballo varios metros. Arremetió contra Tacones que ni se movía, y con el cañón de su pistola dióle en la muñeca un fuerte golpe obligándole a soltar la que tenía, lanzando un grito. Luego quedóseles viendo y se alejó con lentitud «clavo a clavo» pero sin perderlos de vista.

Levantóse Tintero aturdido y lleno de polvo como beodo. Se aproximó a su caballo que estaba igual; luego recogió arma y sombrero y montó con dificultad.

Delgado que los veía, «por darles en la cabeza a los picapleitos», disparó dos tiros al aire. A las detonaciones, Tacones con la chistera y pistola en las manos echó a correr taloneando su caballo y Tintero, tras ligera vacilación, hizo lo mismo. El Charro lanzó un silbido y luego rió en escala sonora con agudo y ondulado grito al final.

Reaccionó Tintero avergonzado de semejante fuga y al bus-

car con ojos desencajados al desalmado aquél, vió a su perro que trotaba allá lejos.

—Toma Cabrera! ¡Tooooma!

Y corrió tras él, seguido de Tacones que no se daba cuenta de nada. El desventurado perro, bañado en sangre, casi ciego y agonizando de fatiga, al sentirse perseguido otra vez, hizo otro esfuerzo y con trote desigual se dirigió al pueblo de indios de Santa Lucía, muy inmediato. Ambos le gritaban desaforadamente y detenían la carrera de sus caballos para no asustarlo más; pero ya cerca del pueblo, por una callecita de órganos, salió una turba de hombres, mujeres y muchachos. Cayó una lluvia de piedras sobre el agonizante perro que se detuvo un momento, atacado de frente y de flanco, pare no levantarse más. Los hombres aquellos lo rodearon, y eran tan fuertes las pedradas, que cabeza, costillas y patas crujían quebrándose.

Ver aquello Tintero y de los Tacones y cegarse de ira otra, vez olvidando el miedo, fué instantáneo. Y como los cobardes que con los débiles son crueles, ahí quisieron vengar el agravio y dar rienda suelta a la rabia que los tragaderos les amargaba. Echaron los caballos sobre los pobres indios (nuestros indios) pisoteando a unos y derribando a muchos, con blasfemias a gritos y amenaza de balazos. Los indios que no esperaban aquella acometida pues creían haber ayudado a matar un rabioso, que es un peligro común, jamás se figuraban que en defensa del rabioso fuesen los *siñores* y menos aún que por un «giote» (perro) se maltratara así a hombres, mujeres y niños. Tras ligera vacilación de estupor, decidieron defenderse y defender a los suyos. Una piedra botó sobre la espalda de don Pedro que sofocado detuvo su caballo. Pero tras aquella piedra, llegó otra y luego centenares...... una nube.

Cayeron de los caballos los belicosos y vengadores letrados, y cayeron casi juntos a un lado del cadáver del perro. Los indios, espantados entonces, huyeron en manada para sus casas y los caballos, espantados de los golpes echaron a correr uno tras otro sacudiendo los ligeros albardones.

Por la calle principal, avenida Benito Juárez naturalmente, entraron los dos animales, azoradísimos aún. Muchos vecinos se amontonaron a detenerlos. Luego vieron que uno de los albardones venía manchado con sangre y el escándalo surgió inmediatamente con las consejas más estupendas. Salían las gentes a las puertas, se amontonaban en mitad de las calles oyendo al primer embustero que se decía bien informado e inventaba lo que se le ocurría para que otros, corriendo con el chisme, lo abultaran una cuadra más allá. ¡Asesinados don Pedro y don Samuel! ¡Los estaban asando ya! ¡Ya se los estaban comiendo! ¡Todos los pueblos de indios se habían levantado y venían a tomar la plaza!

Sin saber cómo ni por dónde empezó a decirse al poco rato que Pancho Delgado, Presidente del Club Reyista «Democracia» los había matado al otro lado del río «agarrándolos a traición al pasar» y que Pancho era el Jefe de los alzados.

En un cuarto de hora el pueblo entero se puso en movimiento; sacaron al Juez de la casa de unas viejas santurronas donde tomaban chocolate especial y murmuraban de todo bicho viviente. Al señor Jefe Político la noticia le hizo el efecto de un cólico pues se preparaba para salir con su familia a visitar al señor don Lucio Anguiano, riquísimo hacendado que podía ayudarle «a sacar» del Banco diez mil pesos «para un serio compromiso» (que no tenía) y el señor Presidente fué interrumpido en una gran pelea de gallos gringos que amarraba con su compadre El Pato en la casa de éste donde pasaba las tardes entre copitas de mezcal y canciones acompañadas de guitarra.

La «movilización» como dijo el Secretario de la Jefatura, fué rapidísima. Aparecieron los veinte rurales, estorbosos y sonoros como cascabeles, con sus caras de salteadores; los gendarmes dejaron los garrotes y abrazaron fusilones que dejó Bazaine y estaban guardados en obscuro cuarto; a los «ausiliares» de calzón y sombrero de petate armáronlos con machetes romos y entre todos aparecieron con sombrerotes, espuelotas, reatas, rifles, pistolas y machetes los secretarios de la Jefatura y del Municipio,

dos megalómanos que sufrían la obsesión de la guerra siempre triunfadora (en sus manos) para llegar a ser grandes y famosos héroes, orgullo de propios y admiración de extraños. Conociendo la inercia del Jefe sólo atento a hacer dinero y componer todo «haciendo la paz», así como el vicio del Presidente dado al alcohol y a los gallos, ambos Secretarios se arrogaron las facultades de sus Jefes, y organizaron la gente en poco tiempo.

El Jefe Político muy satisfecho por el trabajo que le ahorraban y hasta temeroso quizá de algún peligro, dióles «órdenes terminantes y enérgicas» y acto continuo, uno de los Secretarios,—arengó a la «fuerza:»

—«Soldados: la Patria necesita......necesita de.......de...necesita de vuestro denodado valor. Vamos a pelear por la paz y por las garantías del hombre que........Soldados: ¡Viva México y viva el señor Gobernador del Estado!»

¡Viva!—chillaron todos.

—Soldados: vamos a luchar hasta quemar el último cartucho y derramar la última gota de sangre.........¡Viva nuestro Jefe Político!.......

—¡¡¡Viva!!!.......

Ordenada la «fuerza» y pensando todos y cada uno ser tan héroe como el que mejor ese mote se haya ganado, salieron violentamente al ataque de los sublevados del pueblo de Santa Lucía distante apenas dos kilómetros. Los Generales-Secretarios por poco se pelean en el trayecto pues ambos querían ser Generalísimos. Por fin se pusieron de acuerdo dividiendo la «fuerza,» ciento ochenta hombres en «dos Cuerpos de Ejército.» Rodearon el pueblecito y una vez bien formadas las columnas, ordenaron el asalto pues ellos se quedaron lejos, pálidos y con temblores de las rodillas a los talones que hacían sonar las espuelas como campanitas. Naturalmente, nadie pretentó resistencia, y la «toma de la plaza» fué una carrerota. Entonces sí entraron los Generales a todo trote, los barquejos hasta la nuez, machete en mano y seguidos de algunos vecinos belicosos que fungían como de Estado Mayor. Frente a la iglesia se encontraron, saludándose con los

brillantes alfanjes militarmente, pero de igual a igual. Ordenaron inmediatamente el cateo de todas las casas así como «apresar» a todos los hombres que encontraran. Así se hizo con lujo de insultos, golpes, atropellos que ni recordar quiero para no amargar la diversión al paciente lector que por acá tan lejos me sigue aún.

Mientras tanto el vejestorio del Juez, con sus dos Secretarios, cirujano, testigos de asistencia y dos camillas con cuatro hombres cada una llegaron a levantar los muertos. El viejo se ahogaba de fatiga........y de miedo pues el rumor de las «fuerzas vencedoras» ahí cerca los ponía en peligro de una bala perdida, aun cuando no se oyera ni un disparo entre los gritos y carreras. ¡Se batían! ¡Claro!

Encontraron Juez y comparsas muchas piedras; después huellas de caballos «reparando» y, oh estupor, ¡regueros de sangre!

—¡Aquí jué—murmuró un camillero.

—Sí, aquí mero jué!

Uno de los testigos de asistencia encontró un sombrero de «bolita» más abollado que un cacahuate.

—¡Del señor icenciado!

—¡Y acá está la «cubeta» de don Pedro!

El Juez habló algo y los Secretarios empezaron a escribir a pulso «las primeras diligencias.»

Ninguno tocaba los sombreros; eran sagrados. Si el bombínhongo de Tintero estaba en pésimo estado, la chistera apenas se conocía, casi deshecha como si dos bull-terrier hubieran jugado con ella.

Todos, en rueda, veían y veían, más tontos que de ordinario y sintiendo que el miedo soplaba por todos lados.

—Tiene sangre la «cubeta»—musitó uno.

Este descubrimiento fué terrible. Heló la de todos, es decir, la de la Justicia. El Juez tomó al poco rato el sombrero de copa con gran cuidado y después de examinarlo minuciosamente con sus ojillos tristes de avestruz con pestañitas ralas a mitad de las pupilas veladas por los flojos párpados, falló:

—Sí, es sangre.

—Seguiremos la juella, siñor Juez.

—Bueno.

Obscurecía, pero los Secretarios escribían con plumas fuentes (sensacional novedad de rábulas llevada por ellos al pueblo esa semaña) y en hojas de papel con margen y doblez para la costura.

El cirujano encontró unas gotas de sangre y llamó a uno de los testigos ¡Hum! Hablaron suave y siguieron la huella. En algunas partes, sobre los suaves surcos removidos, la sangre parecía «agua espesa»......¿Babas? Oh, no, qué barbaridad!

De pronto se detuvieron asustados:

—¡Allí! ¡Allí!

—¿Qué......?

—¡Allí está tirao uno......!

—¿Qué.......?

—¡Allí está uno tapao de piedras...... sólo se le mira algo de la cabeza.......!

Acudieron todos. El Juez temblaba renegando interiormente de su suerte con aquel feo oficio de Juez mixto.

Un bulto enorme, negro, estaba casi cubierto de piedras. Había cerca de él unas tan grandes y enteradas en parte por el «azotón» que «dos hombres apenas las moverían,» como si Héctor y Aquiles se hubieran aporreado allí mismo.

Aquel muerto «tapao» de piedras; «tantísima» sangre; la proximidad del pueblo sublevado y en lucha, la noche que les caía encima y la poquísima vergüenza de todos los clavó ahí, trémulos de miedo. Para mayor agonía oyeron un lejano galopar intermitente, que el aire rompía, y aun cuando era el eco lejano de las baterías de la hacienda de beneficio de «El Durazno» antojóseles quién sabe qué escuadrón de fantasmas, lanza en ristre......Uno de ellos advirtió que pisaba algo extraño.......Vió, tentó y levantó ¡una pistola amartillada! Diez metros a un lado había otra pistola niquelada......¡Por poco echan a correr como borregos azorados! Afortunadamente ninguno empezó, que de hacerlo, huyen todos de «estampida».

Uno de los Secretarios tuvo una idea luminosa!

—¡Pediremos auxilio a la fuerza!........—murmuró ahogándose.

—¡Hombre!, sí. Vaya usted......

Un camillero echó a correr, pero se detuvo luego. Tenía miedo de que le dieran un machetazo o un «piedrazo» al entrar por las primeras calles. Que fuera otro con él y «antonces».....

—Vamos todos—dijo el Juez que ya quería aullar.

Fueron, pero hasta los primeros solares únicamente. Ahí estaban a prudente distancia del «muerto matado» y de «las fuerzas» que seguían batiéndose en el centro del pueblo por lo que se oía. Para evitar «una descarga» el Juez dió su bastón y su pañuelo blanco amarrado como bandera, a los dos camilleros más bravos que internáronse calles adentro. Uno de ellos levantó piedras y el otro sacó de los riñones un cuchillito, doblándose «la cobija» en el brazo izquierdo.

De los que quedaron ninguno hablaba.

La noche se venía encima muy negra, con inmensas nubes plomizas y obscuras que subían de norte, poniente y sur. De seguro llovería muy fuerte más tarde.

Por fin oyeron carreras de caballos y por la calleja de órganos salió uno de los Generales con diez rurales y tras ellos, echando los pulmones, veinte infantes con fusilones y muchos «auxiliares» con machetes y rajas de ocote encendidas, cuya luz dió animación a la escena y sonoridad a las voces.

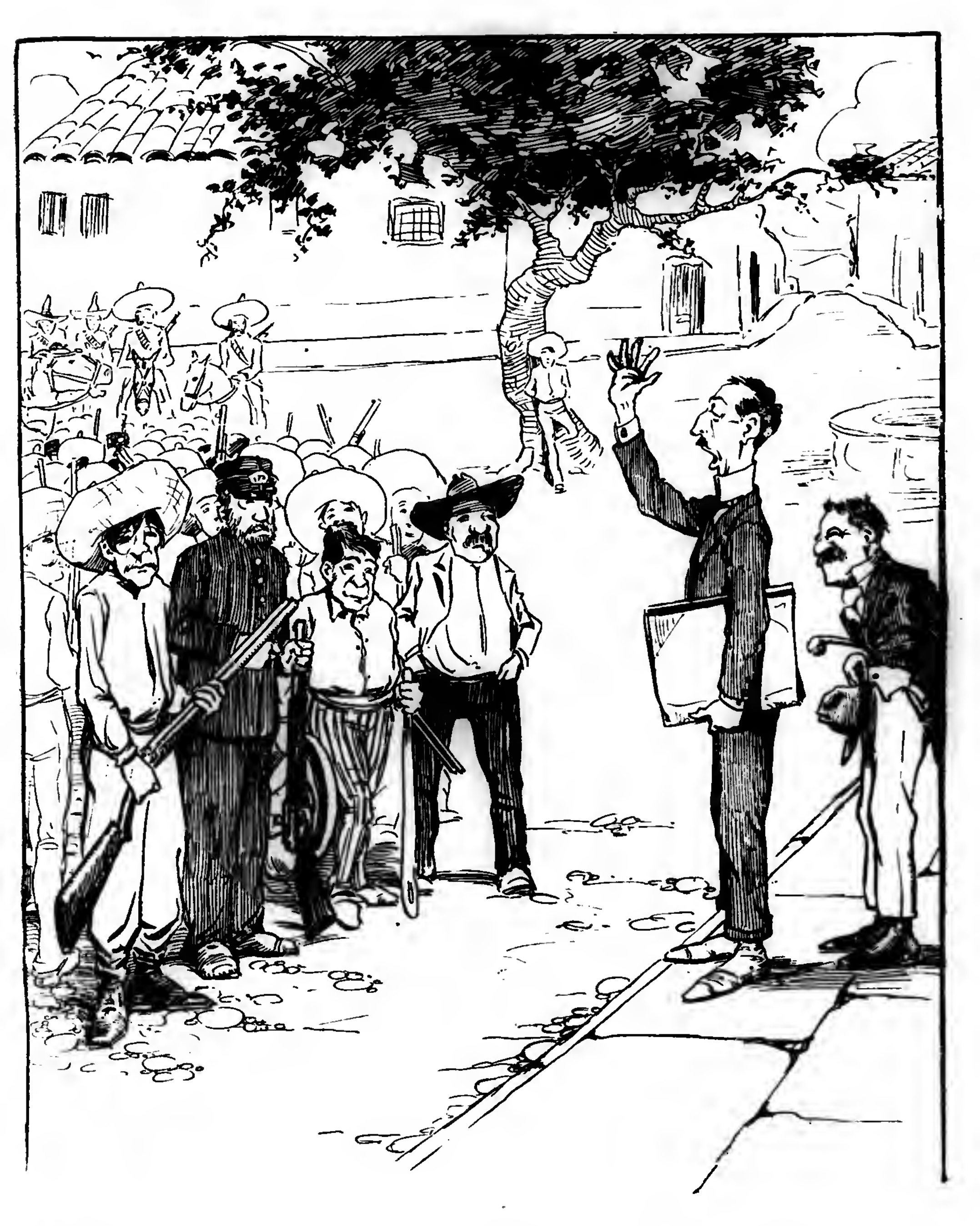
El Juez y los secretarios empezaron a hablar alto, y todos, de repente, se sintieron «muy hombres» pensando muchos cómo contarían los sucesos aquellos en llegando a sus casas.

Al aproximarse en apretado grupo al fatídico montón de piedras, varios a la vez exclamaron:

—¡Un perro!

Y rieron casi todos a carcajadas con inesperado regocijo. Pero el Juez se enfullinó por la falta de seriedad. Aquello era de mucha importancia para la justicia: ¡silencio!

—¡Es don Cabrera! Probe.



—"soldados: la Patria necesita...... necesita..... de..... de........

—¡Mira como lo pusieron!

—¡Silencio!—gritó—¿Qué no entienden? A echarlo en una camilla y vámonos. ¿Nos escolta usted, señor Cortés?

El secretario interpelado vaciló. Si dejaba al pueblo para ir con aquel viejo gallina que llevaba un perro muerto, la glo ria toda sería para el otro secretario (o general), para Pizarro.

—No puedo, señor Juez, porque estoy haciendo unas aprehensiones de mucha importancia.

—Ahí está el señor Pizarro.

—Yo soy el nombrado por el señor Jefe. Pizarro además es muy bruto y me compromete. Que vaya el cabo Chaca y diez hombres con usted......

—Y los rurales tambien ¿eh?

—Y yo ¿cómo me regreso?

—Ah, es verdad.

Ya era de noche cuando emprendieron la marcha para la ciudad, llevando sombreros, pistolas, algunas piedras con sangre y el perro muerto en una camilla. Pero al bajar al río, junto al carrizal dos extraños bultos les salieron al paso. El susto fue completo. Los soldados prepararon los rémington y el Juez y sus secretarios sacaron sus pistolitas.

—No tiren, no tire, por Dios.—gritó una voz asustada—Somos nosotros: Tintero y de los Tacones!

—Ah, bah! ¡Descansen armas!

¡Qué fachas de ambos! Rotos y despeinados como locos; chorreando sangre de cabezas y caras, sus camisas parecían muletas de los mataores. El levitón negro de Tacones estaba abierto hasta la nuca y de las rodillas y codos le colgaban triángulos de paño y se veía la ropa blanca. Ambos con los reventados cuellos por las orejas y las corbatas perdidas, tenían saltados los botones de los chalecos, semejando ojos apagados.

Contaron el caso, es decir, lo contó Tintero, porque don Pedro apenas se vió amparado por "la fuerza y la justicia" de la cual decía pestes horas antes, quejóse horriblemente. El Juez ordenó lo metieran en una camilla inmediatamente y en la sórdida lona asquerosa se dejó caer como un agonizante. Lo taparon luego "pal aigre".

Tintero entre todo lo que declaró abultándolo enormemente, dijo que Pancho Delgado era el cabecilla de todos los alzados; que Pancho dirigió el asalto y fue el que por poco los ma-

ta a balazos "como podrá verlo mañana el señor Juez por los granos de pólvora que debe tener en el rostro."

—Orden de aprehensión contra el ciudadano Francisco Delgado.

—Tengo también dos heridas graves de pistola ......

—A ver, a ver, dijo el cirujano, le haré la primera autopsia......

—La primera cura, será, corrigió Tintero. Pero no aquí ¡que jijo!....Es grave......

—Allá en el Juzgado al seguir con las primeras diligencias. Vámonos, vámonos......

—Apenas puedo andar......

—Que lo lleven en la otra camilla, compañero.

—¿Y el perro?—objetó un camillero.

—Ah, deveras!

—¿Qué perro?

—Pos don Cabrera, siñor licenciado, el suyo. Aquí lo tráimos.

—¿Dónde? ¿dónde? ¿eh?

—Aquí.

Descubrieron la camilla hedionda. El pobre animal era una bola de pelos y sangre. Pedro de los Tacones levantó un poco la cabezota y vió a su vecino con ojos espantados. Tintero, como borracho, rompió a llorar a gritos, arrodillándose, en explosión de dolor grandísimo. Todos se estremecieron ante semejante amargura .....Era un cuadro que opacaba el de doña Juana la Loca, llorando ante el cadáver de Felipe el Hermoso, en mitad de la desolada y ventosa campiña.

—Cálmese usted, compañero!

—Vamos; ya está; ya está, licenciado!

Trabajo costó quitarlo de allí, pero se calmó de improviso......"Había descansao "

Mucho era el amor al perro, pero se negó a ir en compañía del adorable difunto. Había que sacar al chucho llevándolo aparte.

—A ver tú, Cabo Chaca, búscate por ahí un petate.

El Cabo Chaca, con cinco soldados, se metió bonitamente en un solar inmediato y luego en un pobre jacal donde una infelíz mujer sentada en el suelo junto a una mortecina lumbre daba el pecho lacio a un niño muy flaco y sucio:

—¡A ver un petate!—gritó.
—Nuay, siñor!
—Cómo nó!! ¿y éste?
—Está mi marido enfermo......
—No l'iase. ¡Alcese amigo!

El pobre enfermo cadavérico, la cabeza amarrada con oscuro trapo, apenas pudo rodarse, quejándose, envuelto en viejísima cobija trasparente, y un soldado se llevó el petate. En él, caliente aún, enrollaron a don Cabrera, y Tintero se acostó en la camilla que goteaba sangre por abajo, formando bulto redondo con el peso.

En aquél momento oyeron toques de clarines. A sus espaldas, por el callejón, venía un río de gente a pié y a caballo, con teas de ocote flamantes que despedían humo como locomotoras. Eran Cortés y Pizarro con las tropas y los prisioneros. Traían entre filas, amarrados, como trescientos indios. Había viejos octogenarios y muchachos de quince. A uno y otro lado trotaban llorando mujeres y niñas. Los dos Generales hablaron con el Juez, organizando la entrada triunfal por la Avenida Hidalgo "ya que todo iba saliendo tan perfectamente."

Todos los habitantes del pueblo esperaban ansiosos, reventando de curiosidad en aceras, ventanas, puertas y azoteas. La iluminación era espléndida, como si fuese una fiesta; ocote de humosa llama, hachones, faroles, lámparas y grandes luminarias en azoteas y sobre la iglesia.

En una de las calles transversales ví pasar "el desfile." Detrás de toda la gente que se estrujaba y empinaba, en mitad de la callejuela. La Tribuna firmaba una escritura pública con Lima, y el mechudo, el cojo y veinte más los acompañaban en ruidosa colaboración. Nadie veía ni oía la chusma aquella que, por su parte, maldita la atención que ponía en lo que pasaba al lado.

Fue muy largo el desfile y sólo se oía el pisar de los caballos, el cascabeleo de las cadenas planas de los machetes contra las fundas de acero y el sollozar de las esposas, madres e hijas de los prisioneros. De improviso un toque de clarín rompió el silencio y dos tambores con golpe rítmico señalaron el paso. Las camillas, tras un pelotón de rurales, pusieron pavor y levantaron indignación borrando los restos de piedad por los infelices indios.

El repugnante borrachón Coladuras, tocado en la protuberancia de su estúpida vanidad y del oropelesco heroísmo que el espectáculo le sugería desde un balconcito sin barandal, sombrero en mano, peroraba con voz ronca pidiendo "la sangre de todos aquellos bandidos para vindicta de la sociedad ultrajada con tan salvaje atentado en plena civilización....." Pero algunos lo empujaron afortunadamente. Abrió los brazos, se torció en ridiculísima contorsión, soltó el fieltro y un disparate y cayó entre la gente de la calle entre carcajadas y silbidos.

Frente a las "Casas Consistoriales" esperaban muy serios y erguidos, el señor Jefe, el señor Presidente Munícipal y la Pavonada, de gran sombrero y capa de invierno a pesar del calor de lluvia que asfixiaba.

Al Juez lo recibieron con grandes cumplidos y los Generales Cortés y Pizarro "dieron el parte". En derredor había más de dos mil curiosos exprimiéndose.

De dos en fondo entraron todos los indios a la cárcel dando antes sus nombres al Alcaide que estaba muy borracho y al comandante de la policía que acababa de llegar y se mostraba muy celoso para borrar su falta de asistencia a "la hora del ataque."

"Por especial favor" del señor Juez y del señor Jefe a los señores Tintero y Tacones los llevaron a sus casas y no al Hospital "como era de ley."

—¿Y el perro?—preguntó uno de los que lo llevaban.

—Al Hospital para que don Clemente el cirujano le haga la autosia inmediatamente....

—Ah; ¡oiga usted, Cortés! .

—Mande usted, señor Jefe.

—Aprehendan inmediatamente, muerto o vivo, a ese bandido altanero de Francisco Delgado.

—Y me lo ponen incomunicado—añadió el Juez.

Un círculo enorme de babosos contemplaba y oía y un torrente de los mismos siguió las camillas de los heridos hasta sus casas, acompañando gran turba de muchachos a los "ausiliares" y al cirujano que llevaba al perro "como taco de tortilla en el petate."

Se abrió el Juzgado a esa hora "para incoar el proceso"; la Jefatura para "dictar las medidas más acertadas" y el Municipio "para velar por el orden."

El Jefe político se restregaba las manos dando vueltecitas, cuando entró el Presidente Municipal.

—Son doscientos setenta y tres.

—A diez pesos los más pelados y a cuarenta los más riquillos. . . . je, je, je, sacamos unos cuatro o cinco mil pesillos... . . . . je, je, je.

—Y a mí, ahora. . . . ? ¿eh?

—Le daré, amigo don Florencio, una media taleguita.

—¡Hum!

—Porque otra media es para tata Juez; una enterita para el señor General, nuestro Gobernador; dos para las obras materiales que estoy haciendo, y si algo queda, para mí. . . .

—Bueno. ¿Y Pancho Delgado?

—A ese altanero oposicionista, fundador del Club Reyista, hay que seguirle bien la causa, larguita, larguita. . . .je, je, je . . . . y pueda ser que deje algo. Ya sabe usted: tiene buen rancho y ahí por Santa Lucrecia nada menos. . . .

—Bueno, Jefe. ¿Y damos parte?

—Ah, sí, de veras. Un telegrama al señor Gobernador, urgente, y en clave. . . .

—Y otro al señor Presidente de la República. . . .

—¡Qué idea; qué idea! Magnífico.

El Jefe dió palmaditas en la espalda a don Florencio y se puso a trabajar. Mientras tanto, Tintero, ya en "su residencia" estaba rodeado de amigos y señoras agitadas que ayudaban a hacer "la primera cura" al doctor Tinker, un dentista americano que de chiripa andaba por el pueblo hacía varios dias. Cuando entré, el "dóctor" escribía un mensaje en inglés. Tintero me explicó:

—Es un telegrama que mando yo mismo a la Prensa Asociada.

—¡Ah!

Esa noche no hubo serenata en "El Zócalo", es decir en el jardincito con kiosko de la Plaza Principal, porque los músicos (municipales) andaban de soldados haciendo "rondines" y porque empezó a llover a cántaros.

A las diez de la noche, lloviznando todavía encontré a La Tribuna en el hueco de una puerta, mojada y hecha un ovillo. Junto a ella estaban tres perros grandes, echados también. Frente, sentados en las piedras, mirándola y mojándose estoi-

camente, seis o siete, la mayor parte chiquitines, y en las vecinas puertas otros muchos. Todos despiertos. Sólo la Tribuna dormía.

Al pasar, dos cuadras arriba por la flamante casa de mi amigo don Agapito, oí dentro un gran escándalo de gritos y lamentos. Mujeres chillaban y voces de hombres sobresalían. El zaguán, medio iluminado, señalaba en el suelo un fuerte paralelógramo de luz de la sala profusamente iluminada. La reja de fierros pintada de azul y plata, estaba abierta de par en par. Una criada salió al patio pidiendo auxilio y tras ella don Agapito con una cara descompuesta, que yo veía perfectamente en el cuadro de la luz.

Este don Agapito era un minero pobre que de improviso hizo una fortuna vendiendo unas minas de cobre y plata en $ 270,000 a una Compañía americana. Vivía ostentosamente a lo gran señor improvisado y aunque era bueno reventaba de vanidad con el dinero que tenía. Su esposa, una vieja flaca, vestía diariamente trajes de seda de colores chillones y poníase alhajas en dedos, muñecas, orejas, cogote y cabellos. Petra, la hija mayor, una morenucha pomulosa, de labios gruesos y ojos chicos era la más *chic* (según ella) del pueblo y la conocian con el mote de La Mona Elegante, por hablar a toda hora del periódico "La Moda Elegante", su Biblia o Corán. Tonta como un pavo, era antipática como una chinche, y sudaba vanidad y orgullo por todos sus poros. Sólo hablaba de ella, de su familia, de sus grandezas. Estaba en visperas de casarse con un español muy bruto, empleado en una de las haciendas inmediatas. La boda la preparaban desde un mes antes y querían, padres e hija, dar una muestra inequívoca de su riqueza para matar de envidia a todas las solteronas del lugar.

—¡Señor ingeniero!—gritó don Agapito al verme—¡Ayúdeme usted por favor! ¡Vea usted! ¡Vea usted!

Del brazo me llevó al amplio patio lleno de macetas y de rondón me introdujo a una recámara.

Cuadro: la vieja se torcía como culebra en una cama, echaba espuma por la boca y se arrancaba cabellos y vestidos con los dedos huesosos y fortísimos. Petrita, La Mona Elegante, en otra cama, pálida y con los ojos abiertos parecía un cadáver.

—¿Qué hago, señor, qué hago?—me decía el pobre hombre sinceramente afligido.

Recordé la famosa receta de un médico amigo mío para esos casos de rabia histérica y muy serio le dí un sabio consejo al oído. El fornido minero levantó a su vieja mitad por la cintura, salió al patio y ¡zas! la echó en la fuente como a un perro. El agua saltó en cascada circular y la vieja se levantó con rapidéz de chango. Se había acabado el ataque y estaba del todo sana. Saltó, quiso pelear con su marido, pero la cara de éste y mi presencia la contuvieron. Entrose chorreando a otra pieza donde a gritos llamó a todas las criadas. Una de éstas salió a decirnos que la "niña Petrita" ya había "vuelto en sí" y empezaba a hablar. Había oído todo y temía que le sucediese lo mismo.

Don Agapito, agradecidísimo y admirado de mi sapiencia fué a dejarme hasta la puerta. Allí me explicó "el caso."

—Las donas llegaron hoy, por express. Un primor de sedas y otras chimontretas; como que me cuestan un dineral. Sólo el vestido de novia me cuesta mil ochocientos pesos. Pero es lindísimo. Nunca ha venido otro igual por acá. Y toda la demás ropa, que es mucha, muy fina también. Todo es seda y ba....ba....baquista....basista....no sé. Mi misma mujer con Petrita fueron a la Estación por las cajas. Aquí en la sala extendieron todo en mesitas y sillas y tapetes, como en un aparador, y abrieron los balcones. Todas las amigas de Petrita vinieron y aquí estaban cuando llegaron las fuerzas con los heridos y los presos. Todas corrieron a ver y yo también. Cuando cayó el primer aguacero fnerte, a las ocho y media estábamos en la casa del señor licenciado Tintero. Apenas se quitó l'agua nos vinimos. Y al entrar aquí, qué susto llevaron las mujeres: una chusma de perros, como una gruesa, señor ingeniero, y toditos enlodados salen de aquí de la sala! Por poco nos tumban pues salieron en montón. Pero ¿quien metió esa caterva de chuchos? Las criadas y el mozo andaban por la calle abriendo los hocicos en chismes, ¡rechispas!....

—Y mire usted, señor ingeniero,—añadió retrocediendo a la puerta de la sala. cuya vidriera empujó.—Mire usted lo qne han hecho esos....Parece mentira. Si adrede lo hacen no sale pior, rechispas! ¡Me caigo en Dimas! ¡Y la boda mañana..! Pero no, no se hará. Esto faltaba. Esperaremos otros quince días. ¡Eso faltaba!.... !Uf! y lo que me cuesta todito eso y todo lo que ya está preparado para el banquete y para la misa y la orquesta que llegó ya....

Yo veía admirado y con ganas de reir. El blanco vestido de novia con amplísima cauda, el velo, la abundante ropa interior, abrigos diversos y trajes de casa, de calle, etc., los sombreros, guantes, corsets, medias, todo estaba salpicado de lodo negro, todo caído y revuelto, untado de lodo fétido, y además, ajado y estrujado, como si además de pisotear, subirse, dormir y restregarse echados de panza, hubiesen jugado al foot ball....

V

Salí a caballo temprano pues desde tres días antes no hablaba con una personita rubia, divinamente linda, que me tenía un tanto loco.

Era una mañana espléndida. La lluvia de la noche pasada había regado vida nueva y sonora alegría. Los pajaros multiplicaban sus armonías, y en cada hoja había diamantes. El inmediato río zumbaba, hinchado por "la creciente".

En las calles, arroyitos y caminos, el agua barrió basuras y borró las huellas de la lucha diaria. Era domingo y todos los habitantes del pueblo flojoneaban, tanto por ser día de descanso como por haberse desvelado en interminables comentarios y chismorreos de los "sucesos sucedidos".

Entre la algarabía de los pájaros, magistral concertante al sol que ríe entre nubes, en un fonografillo madrugadoı de las casas del Barrio Bajo, la Tetrazzini melodiaba "una voce poco fa...."

Bajé al lento paso de mi caballo por la calle de las Huertas, esperando un encuentro casual. Nada. Me detuve en la orilla del río, pleno de aguas amarillentas y onduladas con bordes de espuma y basura fina que el flujo y reflujo prendían y arrancaban de las márgenes. Hacia abajo, el puente tragaba la enorme corriente que parecía precipitarse; y volviendo la vista río arriba, veíasela salir en curva de centro hinchado, entre negros troncos de árboles y verdes carrizales, lamiendo luego la sólida pared de la bellísima Quinta Ceres, pletórica de colosal arboleda, cuyas ramas caían hasta tocar las rápidas ondas que las movían de arriba abajo.

Ahí vivía como un verdadero rico, rico añejo que sabe para qué es el dinero, mi buen amigo don Lucio Anguiano, hombre de unos cincuenta años, instruído, perfectamente educado y poseedor de las tres mejores haciendas del Distrito, inmediatas al pueblo dos de ellas. Don Lucio vivía la mayor parte del año en la capital de la República o viajaba por Europa y la gringuería, yendo a pasar temporadas de dos o tres meses al campo.

Su Quinta ' Ceres" era una verdadera "residencia" plena de comodidades, lujo sólido y obras de arte. Era un hombre un poco brusco por exceso de actividad, pero excelente, y tenía una fanatica adoración por su hija única, Angela, lindísima muchacha de 19 años, alta y rubia, de ojos negros, sonrisa oyuelada e intensas cejas morunas; una admirable cristalización de dos razas diferentes.

Entre el rumor del agua que pasaba y del flujo y reflujo de la orilla, surgió de pronto una aguda voz de mujer que chillaba con verdadero espanto y la pastosa voz de un hombre enojado. ¿Qué? ¿Ahí también? El recuerdo dé Agapito, mujer e hija, vínome luego, pero rechacé la comparación sonriendo: eran dos familias antípodas. Pero volvió a chillar ella y a gritar él.... Sí, era Angela, mi gran anhelo, la divina y bellísima rubia. ¿Y don Lucio? ¿O quién se atrevía, y por qué? Volví rápidamente el caballo y me acerqué a la reja del arco frente al cual acababa de pasar. Angela, con falda azul obscuro, lloraba cubriéndose los ojos con el antebrazo, que la amplia manga dejaba desnudo, al mismo tiempo que con la mano derecha señalaba hacia el rincón del jardín, precisamente donde la barda del jardín álzase sobre el río. Me quedo atónito: don Lucio con la pistola en la mano la hablaba nerviosamenre, enojado, ella movía su blonda cabecita chillando: ¡no, no, no, papacito!

Dos mozos con sendas escopetas, algunos metros atrás, esperaban solemnemente, así como el jardinero y un muchacho que empuñaban garrotes y piedras.

¿Qué era aquello?

Don Lucio, al volver la cara furioso y vacilante, me vió, gritándome que pasara. Desmonté y el jardinero agarró mi caballo cerrando el muchacho la reja precipitadamente. Saludo y la bella Angelita apenas me contesta entre sollozos, sin descubrirse. Don Lucio entonces se aparta conmigo y me explica "el caso" (como Agapito) pero "caso muy delicado". Su hija y él habían salido a caballo muy temprano para ver entrar la "creciente" en la Presa, allá abajo. Una maldita perra flaca, seguida por una horda de perros y perritos se había introducido al jardín quién sabe cómo, pues el jardinero no vió nada a tiempo. Al poco rato de llegar, oh ingrata sorpresa, el Lord Byron, un primoroso perro sétter que ella cuidaba y quería muchísimo, ¡ya tenia un serio contrato firmado con aquella mugrosa, y lo que es peor, la chusma piojenta lo aporreaba cobar-

demente abusando de su falsa posición! Al oir y ver aquello su hija Angela dió un grito, bajó como loca con peligro de rodar y quería quitar su Lord Byron que la veía con ojos apagados. Grandísimo compromiso para el pulcro señor y lágrimas, gritos de ella....y...."figúrese usted, caramba!" Don Lucio, para cortar por lo sano cuanto antes, habló de matar a la perra, pero su hija "¡horrorizada! y pensando quién sabe qué" se oponía y se opone como usted vé.

—En aquel rincón, donde por lo alto del relleno del jardín la barda sobre el río sólo alza por dentro un metro y detrás de esos rosales y madreselvas está Lord Byron con toda la canalla.

—Pues no hay más que esperar, don Lucio, ya que tienen telón para ella con esas plantas. Después obraremos en justa venganza. Pero vamos a distraer a la señorita.

La guapísima muchacha, que adivinó mi ayuda, descubrióse el rostro y sonriendo con su gracia adorable, los ojos mojados aún, tácitamente admitió la espera pero no quiso irse de allí. Tratamos de distraerla contándole lo de la noche anterior, y yo, con detalles, lo de Agapito e hija, así como el baño a la vieja y aunque reía de bonísima gana diciéndonos que los perros "donaicidas" eran de seguro los mismos que estaban ahí, no apartaba los ojos del rincón, inquietándose al menor ruido de gruñidos.

—Oiga, Apolonio—gritó de improviso—que no vayan a morder a mi Byron.

—Pierda usted cuidado, niña.

—¡Chucho!—gritó el otro y les arrojó un terrón.

Todos los perros callaron como muertos.

De súbito Lord Byron salió dando una carrerita. Angela lo llamó contentísima, pero el animal recostó la mitad del cuerpo sobre los riñones, en un camellón de pensamientos, lamiéndose apresuradamente. Dió luego otra carrerita, y vuelta a lamerse, hasta que al fin sacudiéndose muy alegre, y con la cola como abanico, llegó junto a su dueña. Don Lucio enrojecia de ira.

—Vete luego con tu bendito perro, hija mía. Manda que lo bañen y no lo dejes salir en castigo.

Se despidió radiante de hermosura. Yo la contemplé en amoroso éxtasis. La enorme seducción de toda ella entraba cada vez más y más por mis pupilas hasta muy adentro y gozaba viéndola y acariciándo la grandiosa esperanza de que fue-

se el único objeto de mi vida, la gloria de mi futuro.... Al subir los siete o nueve escalones de granito artificial brilló el charol de su arqueada zapatilla y la media negra, transparente, restirada, modeló el lindísimo perfil de su delgado tobillo y gallarda pantorrilla. Sobre los mosaicos del amplio corredor sonaron, alejándose, los taconcitos y antes de cerrar la amplia vidriera nos sonrió divinamente. Entonces don Lucio y los mozos hicieron una descarga sobre la chusma y chillaron dos, mortalmente heridos. Corrí con los vengadores, gritando y arrojando piedras para que huyeran, cuando la segunda descarga destripó a uno, dándole muerte instantánea a otro, con la cabeza perforada. Espantadísimos y acorralados los demás saltaron sobre la barda en montón, tras ligeros tanteos, de uñas, las orejas hacia atrás y los hocicos largos, se tiraron al río. Chascó el agua rápida, arrastrándolos inmediatamente, casi sumergidos en su ondulado descenso. Don Lucio, con un pie sobre la barda, apuntaba a La Tribuna, que metros abajo de donde cayó, sacó la cabecita. Lo detuve, pues en la orilla opuesta cien metros abajo pero en la misma dirección, en el camino, estaban tres gringos y dos gringas de las minas próximas, en hermosos caballos. Atentos contemplaban aquella original catarata de perros. Pero con los gringos iban dos perros bull-terrier, ágiles y musculosos, de orejas recortadas y ojos inyectados. Los infelices canes fugitivos intentaban salir precisamente para ese lado y con grandes esfuerzos nadaban derivando. Un bull-terrier cayó sobre el más próximo y en seguida el otro, sumergiéndose con sus victimas. Cuando salian a flor de agua se oían lamentos lastimeros y el agua se agitaba en círculos que la corriente convertía en parábolas. Las cabezas de los bull, varias veces salieron, sacudiendo ferozmente sus presas. Cuando los americanos galoparon por la orilla, hacia el puente que tragaba la "creciente" tumultuosa, llamando con grandes voces guturales a sus feroces perros que nada oían, los mozos de don Lucio arrojaban al agua los muertos y heridos que en dulce vaivén flotaron hasta perderse bajo los obscuros arcos del puente lejano.

VI

Ese domingo era la fiesta de San José, patrón del pueblo. Solemne misa de tres curas con orquesta y órgano, ítem más, gran sermón de un "famoso orador", fue suficiente para llevar a la iglesia a todas las mujeres y a muchos hombres del lugar, escrupulosamente emperifollados en franca competencia dominguera. Además, casi toda la "gente de copete", ignorante de la "desgracia" ocurrida en la casa de Agapito, esperaba ver el casamiento de "La Mona Elegante" con don Práxedis Azcoytia, el gachupín.

La aglomeración era a 100 libras de presión. A las once hacía un calor horrible. Olía a cera, a incienso, a patchulí, a polvos de arroz, a zábila y a cosas peores.

Los enormes curas panzudos y buchones, no se precipitaban. Antes al contrario, muy orondos y satisfechos dentro de sus extravagantes vestidos de luces, parecían a veces amodorrados pero siempre muy serios, pues la seriedad sistemática que es la cualidad distintiva de los buenos, es también el mejor escudo de la tontería y la gran palanca de los embaucadores.

Pero el diablo existe y es guasón. Y él fue seguramente el que guió por allí a su Excelencia doña Tribuna, vivita y coleando, seguida pcr el heroico Lima, el mechudo, etc. Entraron al patio del Curato y enseguida a la fresca sacristía. El aplastante calor de las calles, llenas de sol, y tantas fatigas después del peligroso baño matutino en el río, llevó la chusma siempre adentro.

Un sacristán que pasó de prisa con unas grandes velas apagadas, al ver aquella trompita en olor de herejía, en mala hora dió un puntapié a La Tribuna amenazando a todos con las velas, semejantes a garrotes. Los infelices, acosados con tantos golpes, balazos, palos, pedradas, se azoraron mucho ante la fea amenaza de aquel "cura en crudo" y echaron a correr sacristía adentro, metiéndose por entre las piernas de los hombres y sobre las faldas de las señoras y mujeres del pueblo. Dos viejas arrodilladas en el umbral de la amplia puerta late-

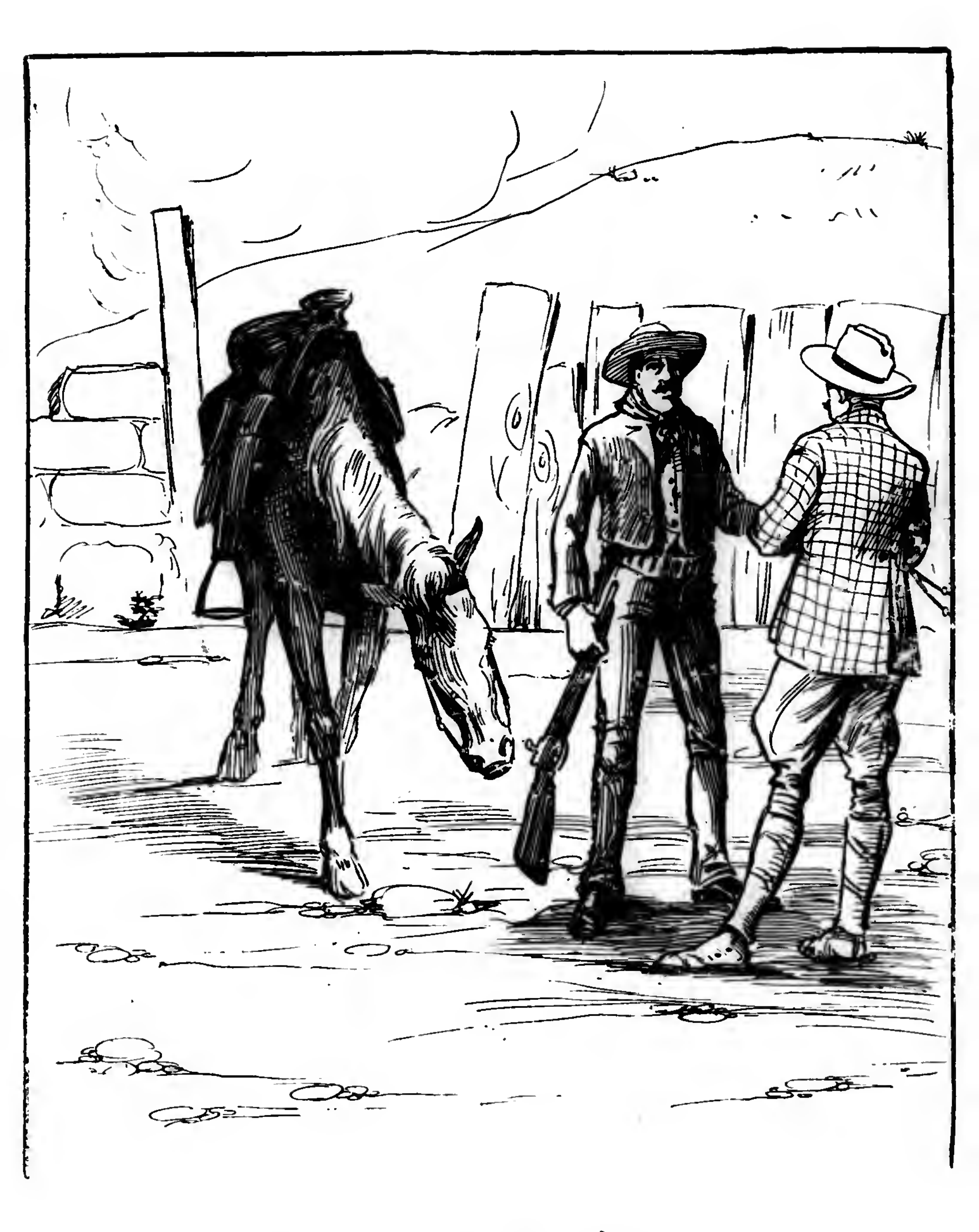
ral del templo se fueron de boca, escandalizadas, al empujón en masa y otras recogieron sus faldas rapidamente. Un niño rió con sonora carcajada, pero un pellizco sordo de la mamá tornó su risa en lloriqueo más sonoro aún. Intentaron los perros retroceder, pero algunos hombres puestos en pié y con los brazos cruzados, les largaron con disimulo formidables puntapiés. La Tribuna siguió adelante y tras ella la chusma aventurera. Pero la iglesia estaba pletórica de fieles y como en aquel mismo momento el órgano sonó ruidosamente con gritería pastosa y atiplada, más y más se asustaron los perros, buscaron la salida y como vieron un tramo despojado de gente y apenas circuido de un barandalito blanco, al presbiterio metiéronse en montón. Un cardenalillo que mecía un incensario y otro que llevaba unas botellitas salieron inmediatamente al encuentro de la chusma atacando a patada limpia de cancán y sin disimulo ninguno. Hubo alguna confusión pues los perros se dispersaron por todas partes, pero los rojos cardenalitos, al fin arrojaron la pulguienta legión invasora sobre el piadoso público que siguió golpeandolos seria y piadosamente hasta echarlos al atrio. Algunos gritos de los perros en concertante con órgano, orquesta, tenores y tiples llenaron las altas bóvedas de azul chillón con estrellitas plateadas.

El cura Chapopote, el más horrible "cacarizo" y chato de los tres, sudaba asfalto, resoplando por las obstruidas narices. El era el cura del pueblo, dueño por lo tanto del cotarro y aquello deslucía su fiesta y "hasta daba pasto a murmuraciones y malos pensamientos que son pecado mortal."

Cuando los tres curas, como si estuviesen muy cansados de hacer visajes, andar con lentitud y canturrear gangosamente, se hundieron en amplios sillones de brazos, con los cardenalillos atrás, las manos sobre las panzas y las dobles papadas sobre el pecho, salió el toro, digo, salió con viveza otro curita con sotana y sobrepelliz, bonete en mano. Se inclinó ante el altar (como un cirquero que saluda) hizo otra inclinación ligera ante los tres cetáceos sentados, que parpadearon por toda contestación, y atravesando entre los fieles que se destripaban para abrirle calle, subió al púlpito "especie de azucarera con la tapita en alto" (Dr. Flores). Era un cura español, flaco, muy blanco, "chapeadito" como decian las viejas, con ojos verdes pequeños, larguísimo pezcuezo con nuez, frentón y con nariz antena.

Empezó a hablar pausadamente tras un latinajo con citas de San X, capítulo, libro y versículo. Su voz, un poco chillona, llenaba el templo, trataba de hacerla meliflua e insinuante en el "exordio". Pretendía ser un Séñeri, y aunque no un gran orador, sí era un notable sermonero práctico, de intenso sentimentalismo y muy fácil palabra; y era, por lo tanto, una cosa del otro mundo entre aquella turba de sus colegas de misa y olla, indios apenas desbastados y únicos predicadores tartajosos en aquel templo, desde su fundación allá por el siglo XVI cuando el pueblo era Real de Minas. El ricacho y "turista" arzobispo de la Diócesis, en uno de sus muchos viajes a Europa habíale traido más como lumbrera que diera brillo y esplendor a su corte de príncipe que como familiar; y cuando en los pueblos ricos se repicaba gordo, el español era el orador obligado, no "per amore al arte, sine per la villana moneta" como dice el empresario de la zarzuelita. Fue el Séñeri subiendo poco a poco y al desarrollar amplios y bellos períodos con muchos lugares comunes pero con atrevidas paradojas que caían como mazas sobre los oyentes, la admiración fué en "crescendo" y miles de ojos seguían los ademanes teatrales de sus inquietas manos. Hecha la sugestión colectiva, corrió el orador por la amplia vía del sentimentalismo sollozante, gran base o zócalo de todas las religiones que son meditaciones sobre la muerte. Insinuó primero y amplió luego con una claridad asombrosa la grandeza y fuerza del amor terrestre que todos conocen y sienten, y diciendo que éste "con ser como es, sólo es una miga del otro, del amor puro y extrahumano", aplicólo a sus mitos o santos y los hizo hombres de carne y hueso, ahí presentes como en un jurado, cuyos jueces todo lo han visto y oído, y "están inmensamente tristes por la ingratitud y la miseria de la canalla humana", "falta del amor puro y santo". Habló por ellos al pueblo, y éste, ya con la ilusión de que las imágenes allí expuestas oían y pensaban, y estando pletóricos de amor y perdón, lagrimas caían de sus ojos inmóviles de vidrio, sintió correr por sus nucas y espaldas el escalofrío de lo desconocido infinito que nos envuelve. Entonces cada oyente, tras la sacudida cayó en un dolor profundo de su miseria y pequeñez, y de su negra ingratitud con los que siendo tan buenos y poderosos los salvarían eternamente haciéndolos inmortales como dioses. Vibrantes de emoción todos, algunas mujeres empezaban a llo-

rar a gritos y los hombres parpadeaban, arrodillándose vencidos, cuando en el Presbiterio un alto cirial sostenido por chaparro tripié de palo dorado, se vino abajo con estruendo horrísono dando en la cabeza golpe tan fuerte al adormilado cura Chapopote que por poco lo mata. ¡La maldita Tribuna y el funesto Lima, ocultos hacía rato tras el churrigueresco altar mayor habían salido sin que nadie los viera "echando ronda ciega" con "tirón encontrado" de diez y seis uñas por banda!



—......que tienen gente, y que si yo hago cabeza.......

VII

El escándalo fue enorme. El Juez y el Presidente Municipal salieron furiosos de la Iglesia, pues por aquéllos inmundos animales el sermón quedó trunco en lo mejor y el señor cura "descalabrado". El Juez asesoraba a don Florencio en todo y como buen lego obedecía fácilmente y con mucha mayor razón en tan "delicados asuntos de conciencia". Fuese derecho al Municipio donde gritó, manoteó y puso en movimiento a los empleados que ahí había. Media hora después seis gendarmes y un oficial gordinflón de rabitieso machete al flanco salían con pedazos de periódico llenos de trocitos de chicharrón, chorizo y carne cruda, envolturas traidoras del arseniato de estricnina. Tranquilamente se dispersaron por todas las calles. Con palabras y silbidos cariñosos, tronando los dedos pulgares y del corazón, ¡bich! ¡bich!, llamaban a cuanto perro veían y casi todos tragaban ávidos el inesperado regalito y muchos hasta los seguían esperando más.

El oficial gordinflón, dió de manos a boca, tres cuadras abajo, con la Tribuna y comparsa. Ya iba a "socorrerlos" con los trocitos que llevaba, cuando una mujer desde la puerta del tendajón "La Providencia" le llamó:

—¡Ñor Canuto! ¡Ñor Canuto!

—Doña Camila!

—¡Güenos días le dé Dios!

—¿Cómo está la familia? etc,. etc.

Era una mujer como de cuarenta y cinco años, india pura, pero de buena presencia, muy vivaracha, parlanchina y civilizada. Había sido criada de un doctor, de un abogado, de unos gringos y por muchos años de un "siñor melitar", coronel de un batallón. Con los gringos primero y con la familia del coronel después corrió la seca y la meca, conociendo las principales ciudades de la República. Muy económica y hábil ladrona en pequeño, pues nunca "se cayó de la riata", servicial y cariñosa, la querían mucho sus patrones y patronas. Así fue reuniendo con enorme constancia y no poca maña, de las sisas

diarias, algunos centenares de pesos y un día se "juyó" bonitamente con un ranchero rico de las inmediaciones el cual embelesado la adoraba. Sabía "ler y escrebir" aun cuando fuese una fábrica de disparates y vivía muy satisfecha y alegre, con alegría ruidosa, muy "considerada" de todos los de "su barrio", un rancho distante una legua. Canuto, el oficial de gendarmes, ex-sargento del batallón era muy su "parcia" (amigo) de ella y de su "hombre".

La mañana de ese domingo llegó la Camila muy temprano con "su hombre" y tres gañanes, porque venía "al comercio" "a mercar" lo del fandango. Les tocaba del jueves en adelante "mayordomía" y no querían "ser menos" que los más brutos. Pero tanto ella como su marido y los tres mozos a las doce ya estaban mny borrachos Irían cargados con burros "alueguito refresque la tarde" y con mezcal y catalán "tomaban ánimos y juerzas". Cuatro enormes canastos de carrizo ("cargadores o colotes") estaban llenos de todo, amén de muchos envoltorios en manta.

Marido y mnjer rogaron a ñor Canuto entrara "pa que tomara un traguito a su salú" pero este se hacía el remolón, no por falta de ganas, sino "porque las cosas estaban muy delicadas". Pero decidióse al fin, vió a derecha e izquierda de la calle, metióse bajo el brazo el envoltorio del periódico con el puño de la espada y entró en el tendajón.

Ya con el vasito, opaco como ojo de muerto, en la mano, escupió a uno y otro lado, se limpió los labios y bigotes entrecanos con el dorso de la izquierda, bebió con lentitud, volvió a escupir con muchos gestos, tomó un poco de sal con los dedos y salió a la acera.

Iba Canuto a tirarles veneno a La Tribuna y corte que en la acera estaban tranquilamente recostados, cuando Camila intervino vivamente

—No, ñor Canuto, por la Virgen Santísima! ¡No l'eche yerba a mi perrita! ¡Ahqui hombre! ¿Pos no mira que es mi Trebuna que se me juyó hace ocho días. . . . y que horita la jayé al salir la gente de misa?

—¿Y esos otros?

—Son sus parcias, ahquiaque! ¿Qué se hace usté? ¿Pos no mira que anda en brama la endina? ¡Probe!

Camila, mucho más parlanchina que de ordinario, por los humos de la borrachera que tenía charló largo con Canuto so-

bre los sensacionales acontecimientos. Los indios prisioneros de Santa Lucía, vecinos de ella, el lunes o martes saldrían de la cárcel. Ella y su hombre les acababan de "emprestar" "a quién diez pesos, a quien veinte" sobre sus tierritas, yuntas, chivos y borregos "con logro de rial en el peso, probes"; "pero los siñores de aquí del comercio les estaban emprestando a todos los otros con peseta de logro en el peso" sobre ganaditos y tierras "pero con pato de retroventa, siñor, usté dirá; probecitos! Los van a acabar. Porque dicen el siñor Jefe y el siñoı Juez que los que no paguen la multa por haber asaltao y herido a los siñores, los van a despachar amarraos pa soldados a Yucatán...."

Canuto, bien al tanto de todo aquello, sólo movía la cabeza afirmativamente y pensaba, con respetuosa envidia, en la enorme dicha de ser Jefe Político "pa ganar tantísima plata, sin trabajo ni peligro y por guardar el orden."

Pero calle arriba aparecieron el Juez, los Secretarios, el Presidente y el "Dóctor" Tinker. Iban para "las residencias" de Tintero y los Tacones a tomarles declaración pues ambos se habían puesto muy graves por las heridas en las cabezas y según el "dóctor" gringo había peligro de una meningitis encefálica espinal aguda".

—Agarre su chucho—murmuró el oficial soltando del sobaco el puño del machetón; y mientras la borracha vieja abrazaba su Tribuna metiéndose azorada en la tienducha, el gordinflón polisonte, concienzudamente se dedicó a repartir chorizos y chicharrones a los famélicos perros que levantaban en un segundo el apetitoso obsequio, tragando sin masticarlo.

Por la acera de enfrente pasaron "las autoridades" sin ver ni contestar al saludo militar del oficial, hondamente intrigados por lo que el "dóctor" gringo les informaba. Hablaba como sacamuelas el "dóctor". Acababa de descubrir y ya explotaba una rica veta que ni sospechaba en el margen de "las profesiones libres". Al pueblo había venido de música y acompañamiento con sus paisanos los mineros y ya estaba decidido a establecerse en toda forma; curando como homeópata (un librote y una bolsa de cuero con botecitos) y como alópata también, pues decía el muy ladino que si un alópata multiplicado por tres es igual a un buen veterinario, éste dividido por tres sería un magnífico galeno. En Texas él había sido "asistente"

de un veterinario antes de venir a México como dentista sin dolor. "¡All right!"

Fuése Canuto calle abajo "cumpliendo con su deber" y la Camila, su hombre y sus mozos siguieron emborrachándose en el tendajón obscuro, pero habiendo amarrado antes a la perra con un "ceñidor". Hasta las cinco de la tarde se fueron para su rancho, cargados con burros, bien borrachos pero sin dar traspiés y llevando a La Tribuna lazada del cogote.

Por las calles, tirados en mitad del arroyo o junto a paredes y puertas, había muchos perros muertos con las lenguas negras, mojando el suelo de espesa baba y con las patas rígidas. Algunos infelices, como epilépticos se sacudían con los espantosos tétanos en contorsiones horribles, asfixiándose.

Nadie los compadecía.

A un lado de la Quinta de don Lucio un hermoso perro negro caminaba rígido, con las patas abiertas. Su dueño, un niño de siete años, quiso agarrarlo cariñosamente hablándole por su nombre, mas apenas le tocó el pelo, se sacudió el infelíz animal como si recibiera una descarga eléctrica y cayó para no levantarse más, sacudiéndose con calambres espantosos que lo hacían girar entre la tierra húmeda. El niño púsose a llorar con las manos en los ojos.

VIII

Un atento recado escrito con lápiz en la hoja arrancada de una libreta, me hizo salir solo, a las cuatro de la tarde. Enorme gritería y secos aplausos salían como de un cráter de la inmediata plaza de toros. Los bichos, muy bravos y de "mucho poder", despanzurraban caballos que era una bendición. El público gritaba y aplaudía contentísimo.

Caminé dos leguas al norte, hasta la entrada de la sierra, en las primeras estribaciones, internándome por emboscado camino que seguía el lado derecho de un terreno tumultuoso por las lluvias; entré de pronto en una explanada llena de maleza, y mi caballo con las orejas para adelante, soplaba con desconfianza. Era una mina fracasada, en absoluto abandono, con el castillo de palos rojos cayéndose, el tiro "desbocinado" como enorme boca, y el socavón casi obstruido por el derrumbe de la entrada. Las casas desconchadas, sucias, con los techos hundidos, sin puertas, y en el patio montones de metal, cubiertos de yerba también. Una tristeza.

De una de las casas salió un jinete. Era Francisco Delgado, con dos pistolas en la silla, reata, machete y un excelente Winchester modelo 95, calibre 30.220, que estaba resuelto a no entregarse. Había huído en la noche, saliendo entre los gendarmes y secretarios (Generales) que lo buscaban y fingieron no verlo porque sabían todos que con él si había peligro de morir. Le informé de todo lo que yo sabía.

—Me odian a muerte porque nunca barbeo y porque no me dejo. Es un delito con esos tales por cuales defender uno sus derechos. Ese licenciado Tintero no olvida que perdió conmigo su cochino pleito cuando me quiso quitar mi rancho y el Jefe me odia, porque mi esposa cuando era mi novia, ni siquiera admitió hacer amistad con La Pavonada. ¡Ah, ca....nallas!

—Para hablarle de esto—continuó—lo mandé llamar a medio día. Perdóneme, señor ingeniero, pero....es usted hombre bueno....y tal vez pueda pagarle algún día. Le encargo a mi mujer y a mi hijita. Aquí tiene usted estos dos mil pesos

para que se los dé a Adela y cuide usted que los gaste bien. Abrácela de mi parte, bese mucho a mi nena y platíqueles de mí. Yo le escribiré a usted. Que se encargue mi cuñado Antonio del rancho, que cuide y administre, pero usted cuídemelo a él porque a veces se emborracha y hace tonterias. Tenga este recado para Antonio: usted soy yo. Usted, por favor, vele por mi familia....Son capaces de vengarse en ellas dos.

—¿...........?

—Llevo lo suficiente: quinientos y pico de pesos. Es lo de menos. Ah, si puede conseguirme tiros para el 95 y para mis pistolas. tráigamelos aquí, Si no estoy, ponga el parque debajo de esa carretilla pioada. Vendré por él.

—¿...........?

—No sé. Me voy para la Sierra Grande. De ahí pasaré para los bajos de la costa y entraré al otro Estado. Luego me embarco y veré de establecerme allá lejos, al otro lado del país, a ver si allá me dejan trabajar.

Quedó pensativo un rato y añadió:

—Aunque quién sabe. Toditas las autoridades son iguales y se hacen una. El ladronzote del General nuestro Gobernador, si llega a saber donde estoy me perseguirá, pues yo fuí el que fundé aquel Club ¿recuerda? postulando a don X. para Gobernador y ahora tengo el Club Reyista.

Meditó otro momento y de pronto, como el que se resuelve:

—No sé como lo supieron tan pronto, pero hoy muy de mañana me fueron a ver Juan Escalante, Ruperto Solis y Atenógenes Contreras. Ya sabe usted quienes son: unos bandidos desalmados. Dicen que ya están hartos de andar huyendo, que tienen gente, y que si yo hago cabeza haremos una revolución. No les dije que sí ni que no, pero la verdad eso de revolución no me gusta. El trabajo es empezar ¡y con esa gente!

—¿...........?

—Le escribiré a usted informándole de cómo me vaya por ahí. Por conducto de usted escribiré a mi esposa, pobrecita.... Pero si me matan.... ¡No moriré solito!.... ¡proteja cuanto pueda a mi viuda y a mi huerfanita!

Nos abrazamos. Tenía los ojos muy tristes y con lágrimas. Cuando faldeaba por opuesto lado, haciendo a un lado ramas y agachándose hábilmente, para perderse ya, me dijo adiós, con su ancho sombrero. Sentí mucha tristeza por aque-

lla noble energía y clara inteligencia que se malograba quizá; por la amargura de la esposa y el abandono de la "nena" adorada. Una ola de indignación ahogó mis pensamientos.

Obscurecía lentamente, con enorme crepúsculo sobre la desigual sierra cuando llegué a las inmediaciones del pueblo.

Dos carretones municipales que venían en opuesto sentido se apartaron del fangoso camino y en el erial ceniciento, cuatro hombres muy sucios y muy borrachos, volcaron el contenido: seis caballos sacrificados en la plaza de toros y una multitud de perros. todos despellejados y de aspecto horrible. Al ruido opaco de los cadáveres, saltaron torpemente una turba de zopilotes repugnantes de cabezas rojizas y tiñosas mientras otros, volando muy bajo formaban círculos fatídicos.

La más negra ingratitud y la más horrible perfidia estaban en aquel hacimiento de carne muerta. El pobre caballo, el animal más útil al hombre, factor de su progreso y hasta escalón prehistórico de su poderío actual, el que gasta toda su vida trabajando para nosotros, cuando ya no puede servir, viejo y enfermo, lo echan vendado para que un toro lo mate cobardemente entre aplausos y rechifla de todos. Y el perro, el virtuoso compañero ancestral, espejo de amor y fidelidad, prototipo del valor caballeresco, al que vela nuestro sueño, sufre nuestras iras, juega con nuestros hijos, padece con nuestras pobrezas, goza limitadamente de nuestras prosperidades, eliminado así, en masa, por un fútil pretexto o una calumnia, y en el fondo, por negro egoismo de lo poco que consume......

¡Qué canallas somos todos y qué estúpida es la vida, de la cual ni siquiera sabremos jamás qué objeto tiene! Y el efímero progreso a costa de la dura selección ¡cuán caro y doloroso y lento es, para tropezar inmediatamente con peores problemas!

Real de Minas Viejas, Septiembre y Octubre de 1907

Science.
COMO HABLAR CON LOS MUERTOS. 3.00

Allan Kardec.
DEVOCIONARIO ESPIRITA. Colección de oraciones. 1.00

COLECCION FANTASIO. Director: Alfonso Teja Zabre.
ALAS ABIERTAS, por Alfonso Teja Zabre. 2.00
POESIAS SELECTAS, de Paul Verlaine. Traducción de Alfonso Teja Zabre. .. 1.00
POESIAS, de José María Gabriel y Galán. Selección de Alfonso Teja Zabre. .. 1.25
EL GENIO LATINO, por Anatole France. Traducción de Alfonso Teja Zabre. .. 2.50

Paul Bourget.
EL DEMONIO DEL MEDIODIA. Novela. 2.00

Mauricio Leblanc.
LOS DIENTES DEL TIGRE. 2.00
LA ISLA DE LOS 30 ATAUDES. 2.00

Marie Corelli.
THELMA o SOL DE MEDIA NOCHE. 2.50

Emilia Carlen.
UN AÑO DE MATRIMONIO. 1.50

Daniel Suárez Artazu.
MARIETTA. Páginas de dos existencias. 1.50

Prof. R. A. Poole.
EL MAGNETISMO PERSONAL. 1.50

Mauricio Maeterlinck.
LA MUERTE. 2.00
EL HUESPED DESCONOCIDO. 2.00
SENDEROS EN LAS MONTAÑAS. 2.25

G. B. Díaz.
PENSAMIENTOS Y VERSOS PARA FELICITACIONES EN TARJETAS POSTALES. (Selección). 0.25

Efrén Rebolledo.
CARO VICTRIX. 1.00
SALAMANDRA. Novela. 1.50

Genaro Fernández Mac-Gregor.
NOVELAS TRIVIALES. Segunda edición. 2.00

Manuel F. Cestero.
ESTADOS UNIDOS POR DENTRO. 2.00

Edwin Arnold.
LA LUZ DE ASIA. 2.00

Arnold Krumm Heller.
CONFERENCIAS ESOTERICAS. 1.00

Juan Tarchanoff.
LA ADIVINACION DEL PENSAMIENTO. 1.50

Prof. Adrijnrevyh.
HIPNOTISMO, MAGNETISMO, SUGESTION. 1.50

W. C. Leadbeater.
UN LIBRO DE TEXTO DE TEOSOFIA. Versión de Juan A. Muñoz. Nueva edición. 2.00

M. L. Neumeyer.
LA SUGESTION EN AMOR. 1.00

Martín Luis Guzmán.
A ORILLAS DEL HUDSON. Ensayos y Poemas. Política. Varia. 2.00

Carlos González Peña.
LA VIDA TUMULTUOSA. Seis semanas en los Estados Unidos. 3.00

Ricardo García Granados.
HISTORIA DE MEXICO. Tomo I. Introducción, Juárez, Lerdo y el primer período presidencial del general Díaz. 2.00
HISTORIA DE MEXICO. Tomo II. González, Díaz y Romero Rubio. 2.00

Pierre Loti.
JAPONERIAS DE OTOÑO. Traducción de Carlos Roumagnac. 2.50

Francis Delaisi.
EL PETROLEO. Traducción de A. T. Z. 2.00

Dr. Francisco Avellaneda Z.
"ALMAS Y MUJERES". (Prosas rimadas). 1.50

Dr. Luis G. Sandoval.
FARMACOPEA HOMEOPATICA MEXICANA. 4.00

José López, Portillo y Rojas.
FUERTES Y DEBILES. Novela. 3.00
ROSARIO LA DE ACUÑA. 2.00

Ignacio Laureda.
ELEMENTOS DE HISTORIA DE MEXICO. 3.00

Félix F. Palavicini.
LO QUE YO VI. Instantáneas del viejo mundo. 5.00

LA NOVELA MODERNA

PUBLICACION MENSUAL

En esta publicación irán apareciendo sucesivamente las novelas de más sensación, tanto de autores extranjeros como nacionales.

En cada número se publicará íntegra una novela, y las traducciones se harán con todo apego al original.

LA NOVELA MODERNA no podrá tener precio fijo, pues como no vamos a escojer originales que se ajusten a un número determinado de páginas, ni vamos a ajustar, recortándolos, los originales a ese número de páginas, sino que procuraremos publicar obras "íntegras" y de mérito, es por eso por lo que LA NOVELA MODERNA tendrá cada número el precio que corresponda de acuerdo con el número de páginas que contenga.

De todos modos LA NOVELA MODERNA no está hecha para obtener grandes utilidades, por lo tanto su precio será módico y podemos asegurar desde luego que el lector siempre quedará ampliamente recompensado del gasto que haga.

La LIBRERIA EDITORIAL ANDRES BOTAS E HIJO, que edita LA NOVELA MODERNA, procurará ir mejorándola, tanto en su parte material como intelectual.